

amilia que  
dioteca para  
horabuena:  
parecerá se  
de Cármen,  
ción de la  
Kock, ti-  
e Juanita,  
itora Doña.

m. 20).  
a publica-  
sumo lujo  
Un Libro  
de la au-  
ico, basta  
a, escrita  
que sabe  
educación  
nados pe-

1.257.

ña de 7 á  
nemir com-  
moda (flor-  
tilo), cer-  
o trasver-  
mente con  
tones y  
nado por  
o con biés  
a tela, ori-  
o de faya  
ra, y de-  
de éste  
guarni-  
de muse-  
blanca  
lada y re-  
da en on-  
sujetas  
un boton-  
La mis-  
guarni-  
adorna  
mangas y  
escote.  
narpe de  
cardenal  
dada un  
más aba-  
la cintu-  
corbata y  
de la ca-  
a igual;  
as altas  
color del  
do.  
G. 2.ª —  
e de ma-  
para se-  
t. — El  
no de la  
nte bata  
e piel y  
les ador-  
blanca.  
Vestido  
alda por  
Echarpe  
aja con

áminas,  
de cos-  
adas de  
eja Bal-  
Carrera  
11, á 10

ssi.



# EL CARREO DE LA MODA

DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 11. Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 18 Marzo 1877. | Se publica en diez distintos idiomas. — Año XXVII

SUMARIO. — Revista de Modas, por J. Balmaseda. — Modas de Primavera. Vestido con túnica brochada. — Vestido con echarpe. — Traje para niña. — Vestido Princesa con echarpe y adornos de encaje blanco. — Vestido de faya guarnecido de flecos. — Traje rico para recepción. — Traje de baile para joven. — Vestido adornado con flecos y lazos para señora. — Dos vestidos de novedad para señorita. — Fichú cuadrado. — Fichú de muselina y encaje. — peinado de moda. — Peinado de moda con prendido de cintas y flores. — LITERATURA:

La aprension, por Manuel Juan Diana. — Así es la vida, poesía, por Emilia Calé Torres de Quintero. — Luz que brota, poesía, por Concepcion Estevarena. — En el bosque, poesía, por Luisa Durán de Leon. — Sor Magdalena, por José María Cuenca. — Marina, por Angela Grassi. — Usos y costumbres sociales. — Charadas. — Variedades. — Explicacion del figurin.

## REVISTA DE MODAS.

Las modistas se preocupan y preparan los suntuosos y elegantes trajes que las damas de nuestra aristocracia han de lucir en el próximo Abril en los palcos del Principe Alfonso, que será, como hasta aquí, el centro de la buena sociedad madrileña, y donde actuará la gran Compañía de ópera italiana, contratada por el opulento banquero Sr. Rivas, que ha logrado reunir los más notables artistas del mundo filarmónico. He podido ya admirar uno de los trajes que con este objeto se está terminando para una bella duquesa, y consta de vestido color flor de tila (color de moda), bullonada la parte de atrás, y terminada la gran cola por nesgas de plisés de tela jaspeada tila y rosa, siendo de esta misma la túnica, Princesa por delante, cerrada, torcida y plegada en echarpe hacia un lado, terminando por detras la espalda sólo en aldeta, para dejar lucir toda la parte de atrás de la falda. Otro tambien, destinado á la jóven y bella esposa de un general muy conocido, es un vestido princesa, muy adornado de plisés por abajo, y sujeta á cañones la cola por gomas ó presillas interiores, cruzando sobre este vestido, gris, un echarpe brochado gris y rosa, cuya punta superior se sujeta por detras bastante alta haciendo un nudo, y despues de envolver la figura con pliegues, la otra punta hace otro nudo más bajo que el anterior sobre la misma cola: un fleco de felpa rosa, con los ataditos de plata, guarnece el echarpe de este aristocrático vestido. Tengo tambien á la vista un modelo en el género de vestidos adornados por delante que os indiqué en mi última revista, muy digno de recomendarse: es un vestido, Princesa tambien, de terciopelo enteramente liso por detras, con escote cuadrado y abotonado en el centro del pecho hasta más bajo del talle, formando desde este sitio un ligero bullonado el paño de delante, sujeto delos lados con una cascada de encaje y lazos que forma una verdadera quilla; el escote cuadrado repite el mismo adorno, y las mangas son de tul ó gasa, repitiendo en el bajo el adorno de encajes y lazos. Es un vestido en el nuevo gusto de la moda, que parece inclinarse á quitar complicacion á los vestidos por detras y traer otra vez el adorno por delante.

La forma de los trajes, por lo demas, no anuncia variacion sensible: la forma Princesa constituye el carácter de la moda actual, y se conservará toda la Primavera; respecto á las telas, en mi próxima Revista daré cuenta



1. Vestido con túnica brochada. (Patron: en el pliego por el revers, núm. XV, fig. 49.)

2. Vestido con echarpes.

3. Vestido para niña. (Patron y explicacion: en el pliego por el revers, núm. IX, figs. 35 á 39.)

detallada de las recibidas en nuestros mejores almacenes de modas; y en cuanto á los adornos, disputáuse la preferencia, para adornar los vestidos de entretiempo, los plisés que figuran en primer término, los lazos, los bullones y aun los fruncidos de cordon, alternando con los flecos y los galones para vestidos más sencillos. En una palabra, para adorno se admite todo, se deja á la modista libertad amplia para elegir, para mezclar unos con otros, y lo único que se pide es que resulte la combinacion elegante.

Hablaré algo de colas postizas, que pueden quitarse ó añadirse á voluntad; y vista la exageracion de ella, sería

salla todo por el momento. Entre las variedades que observo dentro del mismo gusto, merece citarse un vestido de siciliana lila para niña de cinco á seis años: es un cuerpo-coraza al que va unida la faldita, plegada por detras, y por delante lleva plaston ó delantera unida por botones de nácar al vestido, y más estrecha del talle, para ensanchar en el cuerpo y falda: este plaston, el biés que rodea la coraza, cuello y vueltas, son de faya del mismo color del vestido.

Hay otro vestido paletot, para niño de cinco años, hecho en cachemir azul claro, con botones por delante y lazos azules de trecho en trecho, y en el cuello y bolsi-

un gran adelanto que se estableciese esta costumbre: en todos los modelos que recibo, la cola es larga, muy adornada, lo que da á todos los vestidos carácter de vestidos de salon; las francesas, no obstante, no se presentan con estas colas exageradas por la calle, y si por casualidad algun traje tiene algo más largo de lo que la razon dicta para traje de la calle, los pajes pendientes del cinturón se encargan de convertir el vestido de cola en un traje redondo.

De sombreros hablaré mucho, y se anuncian próximas novedades: dícese que, como en el invierno se han visto todos de pluma, en el verano y primavera se verán todos de flores, invencion preciosa y llena de coqueteria, que adoptarán con gusto todas las jóvenes. Como respondiendo á este mismo gusto, los adornos en corona son los dominantes para los sombreros, y he visto uno con corona de violetas blancas y tila sobre epingle blanco, y otro de corona de follaje sobre faya rosa, que eran una deliciosa creacion. La forma de capota es por el momento la predilecta, hecha en faya ó Surah, y viste algo más que el sombrero de castor, que es el destinado á diario y salidas de menos pretension.

El fichú sigue abriéndose camino y se admira en teatros y salones, hecho en encaje, tul, muselina ó crespón, ya lisa, ya bordada de sedas de colores: su forma más admitida es la de un pequeño pañuelo, que se coloca plegadito, y cruzan sus puntas por delante, haciendo un nudo, ó bajo un lazo ó una flor. Sobre vestido negro tiene mucha aplicacion este género de adorno, siempre distinguido.

Como en todo cambio de estacion, quiero hablar algo de los niños, aunque tampoco en telas y en hechuras haya mucho nuevo que indicar: tengo á la vista varios modelos para niños y niñas de varias edades, y en todos figura la forma Princesa, que lo avanza



los; este paletot forma por detras tres grandes tablas con su lazo, recordando la forma inglesa tan conocida. Esta misma hechura, en siciliana gris con biéses y gran cuello de faya cardenal, es tambien digna de recomendarse para niñas hasta la edad de nueve años. Los sombreros generalmente son de castor, de copa elevada y ala redonda, con grupo de lazos y sprit de plumas.

Las niñas de catorce años, de esa edad en que las niñas no se visten todavía como las señoras, y sin embargo ya no figuran entre las niñas, son las más difíciles de vestir, y para ellas tengo tambien un modelo á la vista: es una falda de seda marron claro, que baja hasta dejar sólo descubierto el pié, y adornada de un bullon con tres frunces y dos cabezas ribeteadas de seda rosa bajo; la túnica, de siciliana del color del vestido, y guarnecida de fleco, es de forma princesa; y mientras una de sus puntas queda caída y cuadrada por detras, la otra cruza por encima en echarpe á sujetarse cada pliegue con un boton; tres carreras de botones rosa la cierran por delante, y la limosnera, á pliegues atravesados, va sujeta en cada pliegue con un boton; un pequeño vivo rosa va sobre el fleco, y las mangas corresponden á la falda, con el mismo adorno en el bajo de ellas. Sombrero en los mismos colores.

A esta edad es cuando necesitan ya niños y niñas el traje de primera comunión, que es siempre para las niñas blanco de muselina, y este año se pliega por detras á la religiosa, cerrando con galon en el cuello y puño; velo de tul largo. Los niños visten de negro con chaqueta ó chaquet, segun la estatura, y por distintivo el lazo blanco en el brazo izquierdo.

JOAQUINA BALMASEDA.

### EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

#### 1 Á 3. TRAJES DE SEÑORA Y NIÑAS.

1. *Vestido con túnica brochada.*—(Patron: en el pliego por el revers, núm. XV, fig. 49.) Este vestido, que presentará por la espalda EL CORREO próximo, lo mismo que el del núm. 2, lleva túnica brochada, abotonada por delante un poco en biés, y se adorna con fleco de los colores del brochado. Puede cortarse esta túnica por el patron de un vestido princesa, dejándola algo más corta. El croquis del patron núm. 49 ofrece la explicacion y medidas para cortar esta prenda. La parte más corta, que es la de la derecha, tiene 53 cents., y 97 la otra, con 98 cents. por abajo; despues de recoger con tres pliegues la parte más larga, se reunen por detras las dos puntas cruzadas bajo la aldeta; al otro lado, el paño, recogido en pouf, lleva sólo dos pliegues. Falda y mangas de terciopelo. Limosnera de terciopelo bordada y suspensa del talle con cinturon bordado y cadenas oxidadas.

2. *Vestido con echarpes.*—El echarpe que adorna la falda tiene 200 cents. de largo por 63 de ancho, recogido por seis pliegues que reducen su ancho á 16, y las dos puntas van sujetas por detras, un poco hacia la derecha; la primera al borde de la coraza con un lazo, y la segunda á mitad de falda con otro: es de la misma tela del vestido, faya verde Minton, y le guarnece fleco con ancho enrejado. La parte de adelante de la falda lleva dos volantes plegados, y por detras, la cola, *plisés* menuditos. La coraza repite el mismo fleco.

3. *Vestido para niña.*—(Patron y explicacion: en el pliego de patrones por el revers, núm. IX, figs. 35 á 39.)

#### 4 Á 8. TRAJES PARA CALLE Ó SALON.

4 y 6. *Vestido princesa.*—(Patron: en el pliego de patrones por el derecho, núm. I, figs. 1 á 7. Idem de la enagua, en el mismo, núm. II, fig. 8.) Este traje, de extraordinaria riqueza, es al mismo tiempo de la mayor sencillez, presentándole nuestros grabados de terciopelo negro: va cerrado por delante, en todo su largo, con botones, y la espalda termina en aldeta cuadrada, bajo la cual se montan los paños de atras á grandes pliegues y en forma de manto cuadrado. El adorno es un plegado de faya que guarnece la parte de atras, y el volante que adorna por delante el núm. 4, siendo de la misma faya los lazos que completan el traje; la espalda va cortada de muchos pedazos, remitiéndonos al patron para la union de piezas, así como en la falda: si dirémos que la parte de cola ó manto puede ir postiza sobre un traje redondo, y unirla de un lado con botones, y del otro dejarla suelta para levantarla al sentarse, pudiendo añadirle esta parte de vestido sólo para salon, y debiendo forrar de seda esta parte de manto ó cola. Es muy importante advertir que no se une al vestido desde el talle, donde abultaria mucho debajo de la aldeta, sino casi al concluir ésta. El núm. 4, que presenta el vestido exclusivamente para salon, lleva por delante volante con tres

biéses de faya á la pegadura, y un echarpe de encaje blanco igual al del escote y manga, sujeto con flores ó lazos de color. Es muy importante con este traje llevar una enagua del largo del vestido, con la misma cola postiza, tal como indica el patron núm. 8, y hecha en nanzouk, con plegados y encajes; algunas modistas sujetan con cintas ó botones la cola de la enagua á la del vestido para que tengan ambas igual movimiento al andar.

5. *Vestido con flecos.*—Flecos de seda con cabeza de pasamanería y transparentes de raso forman, con un volante plegado y lazos, el adorno de este vestido, de seda gris-plata; el volante, plegado y colocado á ondas, adorna el borde de la falda, y flecos y lazos adornan los echarpes que sobre ella se cruzan; la coraza y manga, que llega hasta el codo, repiten el mismo fleco, y el escote va abierto en corazon; los transparentes y lazos pueden ser rosa.

7. *Troje para baile.*—(Patron del cuerpo en el pliego por el revers, núm. VII, figs. 26 á 29.) La falda y cuerpo, de peto, deben ser de distinta tela que la túnica echarpe, que forma cola por detras, sostenida con lazos y cruza en echarpe torcido por delante: con faya lisa, esta túnica será brochada, y con un tejido de dibujo puede ser de gasa ó tarlatana con plata ú oro, debiendo ser en este caso las cintas con el mismo tejido; el cuerpo, de dos petos, lleva berta con ruche á los bordes, y la falda se adorna con plegados de la misma tela.

8. *Troje para señora casada.*—Vestido de faya negra ó muy oscura, adornada la falda con volantes ó plegados, y cola postiza, formada por un volante ancho que termina la parte de atras, bullonada y unida por lazos al delantal, terminado por fleco, biés y encaje negro á la cabeza. Corbata y toquilla de encaje negro.

#### 9 Á 11. FICHÚ CUADRADO.

Patron en el pliego por el derecho, núm. X, fig. 40 y 41.

Córtese este fichú en tul fuerte por el patron indicado, cubriéndole luego de tul de seda ó crespon á pliegues; el núm. 9 lleva una blonda ligeramente fruncida y un entredos sobre rizo, á la pegadura, adornando el escote de corazon un doble rizado que acaba por delante con un lazo. El núm. 10 lleva al escote un doble plegado de crespon, y otro colocado sobre un encaje, y cubriendo su pegadura el entredos núm. 11, bordado en tul y colocado sobre un transparente igual á los lazos; el núm. 10 presenta la espalda del fichú.

#### 12 Á 13. VESTIDO PRINCESA.

Patron y explicacion más detallada en el pliego de patrones por el revers, núm. VIII, figs. 30 á 34.

Estos vestidos, propios para visitas ó recibir en casa, son: el primero de parisien, con galones bordados en su mismo color, y el segundo de faya, con plegados de lo mismo y biéses. Van cerrados por detras con botones, como indica el núm. 13.

#### 14 Y 15. CORAZA ESCOTADA PARA BAILE.

Patron en el pliego por el revers, núm. VII, figs. 26 á 29.

Puede ser esta coraza abierta por delante ó por detras, como se quiera, contando con dejar el exceso de tela consiguiente en uno ú otro sitio; la del núm. 14 es de raso negro con biéses y *ruches* de gasa con hilo de oro, y el echarpe que oculta el término de la coraza es igualmente negro, de gasa con rayas de oro; el núm. 15 presenta la coraza de raso de color igual á la tarlatana del vestido, y la berta no es más que una tira al biés con plegados al borde, y recogida con algunos pliegues al borde del escote, sujetándole por delante un grupo de flores. Tambien este echarpe oculta el extremo de la coraza para figurar forma princesa.

#### 16. COPIA PARA RECIBIR.

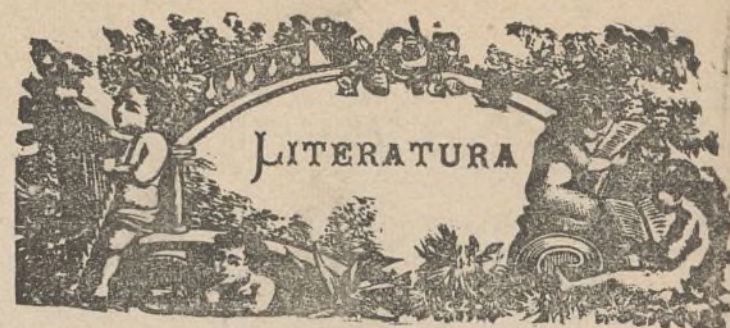
La forma es la de una gorra alsaciana con fondo de seda azul, guarnecido de plegados de gasa blanca, pudiendo este modelo reemplazar á un sombrero de teatro; el fondo es un cuadro de seda, de 40 cent., deshilado alrededor y dispuesto sobre una armadura de tul, adornándola por delante un lazo alsaciano y por detras un grupo de rosas.

JOAQUINA BALMASEDA.

#### RODAJA PARA SACAR CON FACILIDAD LOS PATRONES.



Su precio es de 6 rs., y bastará enviarlos en sellos de correos á esta Administracion, para recibirla franca de porte.



### LA APRENSION.

Entre todos la mataron  
Y ella sola se murió.

Librémonos de que se nos tenga por aprensivos.

El que conquista fama de aprensivo está libre, en el concepto de cuantos le conocen, de adolecer jamás de ninguna enfermedad real y positiva.

Si le duele el estómago, es aprension.

Si las muelas, aprension.

Si la cabeza, lo mismo.

El médico de la casa y los amigos le atormentan y agravan sus padecimientos llamándole aprensivo.

—¡Me estoy muriendo! —exclama el desgraciado.

—¡Bah! ¡qué aprensivo es Vd!

—Nó, no es aprension; tengo un dolor de costado, acaso una pulmonía.

—¡Qué bobada!

—¡Que llamen al médico!

Despues de rehusarlo mucho tiempo, se resuelven á complacer al enfermo, y sale un criado en busca del facultativo.

Como el sirviente oye decir á todas horas que su amo es aprensivo, sale de casa más que de prisa, y toma en direccion opuesta á casa del doctor, que es precisamente donde vive su novia. Con ella se entretiene un par de horas, y cuando se acuerda del médico y de su amo se dirige pausadamente hacia casa.

—¿No viene el médico? —le preguntan.

—¡Calle V., señorita! no estaba en casa, y he tenido que esperar toda la mañana, á ver si me le traia de paso.

—Y ¿no fué?

—Nó señora; y viendo que tardaba, me he venido.

—Y ¿has dejado el aviso?

—Sí señora, pero no me fio; porque como hay tantos avisos al cabo del dia, pudiera ser que se olvidasen del de casa: ¿quiere Vd. que vuelva?

—Sí, porque aunque creo que esto no sea nada...

—¡Ya se ve! ¡el señor es tan aprensivo!

—Vaya, pues anda, anda.

El criado salió segunda vez, resuelto á dar el aviso; pero en el camino tropezó con uno que fué su compañero y andaba ahora desacomodado.

Engolfáronse en tranquila y sabrosa plática, durante otras dos horas, hasta que, habiéndose despedido el desocupado, y faltándole objeto al otro, se dirigió á casa del facultativo.

Encontráronse casualmente á la puerta de casa.

—Sr. D. José, —le dijo el criado.

—¡Hola, Joaquín! ¿Qué traes? ¿está mala la señora?

—¡Cá! nó señor.

—¿A que es tu amo?

—Sí, señor.

—¿No lo dije? y ¿qué dice que tiene?

—Un dolor de costado.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja!

—Las aprensiones de siempre; y ¿qué le digo á la señora?

—Dile que irá por allá lo más pronto que pueda.

—Es que la señora me dijo que el amo se queja mucho.

—Sí; pero como yo conozco á tu amo, sé que puedo concluir mis visitas y dejar la suya para la última.

—Pues quede Vd. con Dios, Sr. D. José.

—Adios, Joaquín.

Entre tanto, el mal del enfermo iba en aumento.

Vinieron á casa algunos amigos, y respondieron á sus lastimeros quejidos con una carcajada.

—¡Qué aprensivo eres, hombre!

—No es aprension; no hablarme de eso; estoy muy malo.

—¡Bah! ¡bah! no faltes esta noche al café.

El enfermo no contestó, y siguió quejándose amargamente.

Por fin, hacia el anochecer se presentó el facultativo, y saludó agradablemente á la señora de la casa, esposa del paciente.

—¿Qué tenemos, señora?

—Se queja mucho; pero ya sabe Vd. sus aprensiones.

—¡Buen caso hay que hacer de sus quejidos!

—Le he mandado á Vd. el primer recado esta mañana á las ocho.

—Pero Vd. sabe que le conocemos, y por eso no me he dado prisa en venir.





EL CORREO DE LA MODA  
*Periódico ilustrado para las Señoras*

Plaza de Isabel 2ª, II. Madrid.







—Vaya, éntre Vd. á ver si le anima con su presencia, y se levanta: teníamos palco para esta noche.

—Pues váyase Vd. vistiendo, señora, que yo haré que se levante.

Entró el Hipócrates en la alcoba. Dirigió al enfermo algunas chanzonetas, que fueron recibidas con el silencio más profundo.

—¿Qué cosas tiene Vd.? ¡A que se ha propuesto meter-nos miedo? A ver el pulso.

El enfermo presenta el brazo, no sin algunesfuerzo.

—¡Hola! ¡hola! alguna cosilla, alguna novedad tenemos; pero no hay motivo para asustarse, no hay que tener aprension.

El enfermo mira al doctor, y no profiere una palabra.

—¿Qué tal?—pregunta la mujer;—¡irémos al teatro esta noche?

—Creo que nó.

—¡Caramba! ¿pues qué tiene?

—Nada.

—Pues entónces...

—Pero como es tan aprensivo, el susto de creerse con una pulmonía le ha producido alguna alteracion en el pulso, y tiene algo de calentura.

—¡Ah! ¿tiene realmente calentura?—exclama la mujer asustada.

—Sí, pero ya le conocemos; eso pasará en cuanto se tranquilice.

—Y ¿qué le doy?

—Nada: si le receto alguna cosa, de seguro se cree enfermo, y parará en estarlo; porque estos aprensivos se desarrollan ellos mismos las enfermedades en fuerza del miedo que les amilana.

—Y ¿volverá Vd?

—Mañana.

—¿Temprano?

—No hago falta; pero si Vd. lo desea...

—Sí, señor, porque no me dejará en paz toda la noche; lo estoy temiendo.

—Pues vendré temprano, señora. A los piés de Vd.

La mujer del aprensivo entró en la alcoba; el enfermo iba de mal en peor; el mal se desarrollaba en grandes proporciones; apenas se le entendia; la fatiga y el hervor del pecho le tenían postrado.

Cualquiera que ignorase que al pobre señor se le tenía por aprensivo, le hubiera creído en peligro de muerte.

A cosa de las once de la noche entró en la alcoba un vecino de la casa, y salió asustado, diciendo que el enfermo tenía una pulmonía fulminante, y si no avisaban al facultativo espiraría hasta sin los auxilios espirituales.

Asustóse la mujer, dió un campanillazo, y se presentó el criado consabido.

—Corre,—le dijo,—di al facultativo que venga volando.

El criado salió de la sala, diciendo entre dientes:

—Ya comprendo esto: la señora me da este recado, que ha oído el señor, á fin de hacerle creer que se toma interés por su salud.

Y salió á la calle con ánimo de dar un refilon á la novia.

Una hora despues, el enfermo estaba casi dando las boqueadas, y el médico no venía.

El vecino declaró que no llegaría á tiempo: la señora se alborotó, entró en la alcoba, abrazó á su marido, y al verle efectivamente luchando con las ansias de la muerte, salió acompañada de una sirvienta en busca tambien del facultativo.

—¿Qué es esto, señora? le dijo éste al verla entrar en su casa.

—¿Que se muere mi marido!

—¿Qué dice Vd., señora?

—Corra Vd., por Dios se lo suplico.

—Señora, ya le conocemos; no nos suceda lo que otras veces.

—Nó señor, nó; corramos, corramos.

Al llegar á casa, encontraron un cadáver en lugar de un enfermo.

El médico se quedó estupefacto.

—¿Cuándo se sintió enfermo? preguntó.

—Anoche á las doce; pero creyendo si serian las aprensiones de siempre, no le he llamado á Vd. hasta esta mañana á las ocho.

—Recibí el recado á las dos de la tarde.

—Pero Vd. le vió, y no le consideró de peligro.

—¿Cuántas veces le hemos visto medio muerto de aprension, y á las dos horas se levantaba de la cama y salía á la calle!

—Pero ¿ha muerto de pulmonía? preguntó la mujer.

—Nó, señora; ha muerto de aprension; se ha creído con ella, se ha amilanado, y se ha muerto.

—Pero ¿es posible morir de aprension?

—¿Que si es posible? que lo diga el cólera-morbo. La

aprension es hermana del miedo, señora, y Vd. debe consolarse, porque su marido de Vd. ha muerto bueno y sano como el primero: ha muerto de aprension, que es una de las enfermedades más mortíferas y contagiosas.

MANUEL JUAN DIANA.

### ASÍ ES LA VIDA.

Ayer, de una lozana primavera

Brillaban los albores,

Salpicando, risueña, la pradera

Con sus nacientes flores.

Hoy todo mustio, el árbol gigantesco,

Y el humilde retoño,

Sus galas pierden, entre cierzo fresco

Del nebuloso otoño.

Así pasan tambien en nuestra vida

Rápidas las edades,

Viniendo en pos de la ilusion florida

Amargas soledades.

Y al teñirse el cabello ya de plata,

Quedan del amor luego,

Como el recuerdo de una aurora grata,

Las cenizas del fuego.

EMILIA CALÉ TORRES DE QUINTERO.

Lugo, 1876.

### LUZ QUE BROTA.

¿Quién es la que, cantando, se aparece  
y la felicidad lleva por arpa?

¿Quién es la que, amorosa como el cielo,  
Lleva la luz del cielo en la mirada?

¿Quién es la que, fantástica y divina,  
Sembrando estrellas, deslumbrante pasa?

Ésa se llama la ilusion primera;

Ésa es la aurora, el despertar del alma.

CONCEPCION DE ESTEVARENA.

Sevilla 2 de Junio de 1875.

### EN EL BOSQUE.

Las fulgorosas estrellas

Reproducian las aguas,

Dormian las mariposas

Sobre las rosas de nácar,

La brisa con ténue vuelo

Volaba de rama en rama,

Y entre el tupido follaje

Errantes iban las auras

Por el bosque: yo tambien,

Errante tambien vagaba,

Y al ver á las mariposas,

Y á las rosas nacaradas,

Y á las fúlgidas estrellas

Que el azul lago besaban,

Y al ver verter á la luna

Sus claros rayos de plata;

Me acordé de tí, mi bien,

En aquella noche clara,

Y entónces te vi brillar

En el fondo de mi alma,

Como brillaba la luna

Sobre las móviles aguas

De la dormida laguna,

En mis sueños de esperanza.

LUISA DURÁN DE LEON.

### SOR MAGDALENA.

NOVELA

POR JOSE MARIA CUENCA.

XXII.

—No me pidas consejo, Lucía; haz lo que te parezca; no quiero que me acuses nunca de que te prohibo ver á tu hijo. Yo me quedo aquí, en mi casa, en la casa que ha sido de mi padre y de mis abuelos, decia el tío Plácido paseándose á largos pasos por la sala de su casa. Mi opinion ya te la he manifestado; me parece inútil el viaje... le hemos educado mal, muy mal. Descreído, voluntarioso, no puede tener apego ni ley á su familia....

—¿No digas eso, por los clavos de Jesus, Plácido! exclamó Lucía levantándose de repente de la silla donde estaba sentada, muy pensativa, escuchando á su esposo; ¡me da un vuelco tan grande el corazon cuando te oigo, que me dejas desconcertada para todo el día!... ¡Jesus mil veces!... ¡Jesus mil veces!... Tú ves siempre las cosas por el lado negro.... ¡Un chico de veinticinco años apenas, que se encuentra de la noche á la mañana en la

cúspide de la fortuna, recién casado con una marquesa!... ¿qué ha de hacer?... Divertirse.... Estoy segura que se acordará mucho de sus padres.... ¡Pues no se ha de acordar!... ¡Hijo de mi alma!... Pero mira, Plácido; tú no te haces cargo de nada: acuérdate que, en los días de la fiesta del pueblo, no sabemos dónde dar con la cabeza; no hay momento de tranquilidad ni reposo; de la funcion de iglesia, á las vacas de cuerda; de las vacas de cuerda, á la procesion; de la procesion, á la salve; de la salve, á los fuegos artificiales; un trajin, un no parar que la deja á una aturdida, sin tiempo para comer siquiera, ni de acordarse de nada; ¿qué quieres que pase en aquel Madrid tan grande, donde todos los días dicen que parecen de fiesta?... El pobre muchacho, como no está todavía bien acostumbrado, debe hallarse muy aturdido. Luego las visitas.... tendrá por fuerza que tratarse con todos los marqueses.... ¡Y que habrá pocosen gracia de Dios!... Las faltas son siempre para los de casa; con la familia siempre estamos cumplidos; esto es lo que pasa, lo que se hace, y tú el primero.

Calló algunos momentos, quedándose de pié en medio de la sala; pero viendo que su marido continuaba paseándose sin hablar palabra, desmenuzó los brazos, que tenía cruzados sobre el pecho, y agitándolos en el aire, como quien toma una resolucion largo tiempo pensada, exclamó:

—Estoy decidida, Plácido; esta noche, con el tren que pasa á las siete, me marchó á Madrid á ver á mi hijo de mis entrañas.... á mi Santiago, que estará diciendo á cada instante: Si vinieran mis padres, ¡cómo los habria de obsequiar!... Pero le falta tiempo para escribirnoslo.... En cuanto le eche los ojos encima, le doy un buen tirón de orejas, aun cuando se halle en medio de dos mil marqueses y marquesas, y le digo muy seria: ¡Sepa usted, señor mio, que tiene á su padre muy enfadado porque no le ha escrito usted una palabra hace seis meses!... ¡Qué brinco de alegría va á dar!... Ya le estoy viendo.... ¡Pero ahora se me ocurre una cosa!... Es capaz de echar á correr para venir á verte y quitarte el enfado.... ¡Como tiene el genio tan impetuoso!... ¡Y si él viene, vendrá naturalmente con él su mujer!... ¡Cómo se han de separar, jóvenes y recién casados!... ¡Jesus, Dios mio!... Tengo que estar en todo. ¡Juliana, Juliana! gritó asomándose á la puerta de la sala; ¡Juliana, venga usted pronto!

Juliana era una antigua criada que habia nacido en la casa, y en ella esperaba morir, como habian nacido y muerto sus padres y abuelos.

Acudió á los gritos con toda la solicitud que le permitian sus piernas, que ya andaban por el mundo hacía más de setenta años, y se asustó al ver á su ama tan agitada.

—¿Qué sucede, exclamó?

—A usted la dejó encargada de todo,—la dijo.—Tengo en usted mi confianza... Como el amo está enfadado con Santiago, no querrá ocuparse de nada.

—Pero ¡va á venir?—pregunto Juliana con interes.

—Sí señora, y su esposa, mi nuera la marquesa, tambien; esto me trae muy preocupada. He decidido marcharme esta noche. Diga V. á Diego que traiga el cofre que hay en el desvan de la fruta, donde guardamos las semillas de las legumbres... ¡Que lo limpien bien, por Dios, que voy á meter en él lo mejor que tengo!... y venga V. á ayudarme á hacer el equipaje; mientras tanto, la diré lo que tiene que hacer.

El tío Plácido cogió su sombrero y su baston y se marchó á dar su paseo acostumbrado con el señor cura y el médico. Quiso tambien dejar á su mujer en entera libertad. Aun cuando conocia que el viaje era inútil, no se atrevia á quitarle el placer de ver á su hijo.

Y ¡quién sabe! El tío Plácido no se juzgaba infalible, y podia haberse equivocado. ¡Con cuánto amor perdonaria á su hijo!

No tendria inconveniente en confesar que habia sido un visionario.

XXIII.

Cuando llegó Juliana con el cofre, Lucía habia sacado ya de los cajones de las cómodas que adornaban la sala las galas que pensaba llevarse, habiéndolas colocado sobre las sillas y los sofás.

—Ahora que estamos solas, podemos hablar, dijo la mujer del tío Plácido á Juliana. La tristeza de mi marido me tiene muy inquieta; hago por distraerle, pero nada consigo.... ¡Aquel muchacho, aquel muchacho sin escribir!... En fin, basta... Yo haré por avisarla á V. con anticipacion el día que llegamos.... ¡Porque vendrá!... ¡Oh!... ¡pues no ha de venir! prosiguió con esa confianza y esa seguridad que sólo se encuentran en el corazon de las madres cuando hablan de sus hijos. En cuanto me vea, se acabó el olvido.... Por eso quiero que todo esté listo, porque vendremos al momento.... Pondrá V. dos ca-



tres para nosotros en la sala de atrás; los recién casados dormirán en nuestra cama de matrimonio, donde dormieron mis padres también. ¡Es una cama magnífica, de caoba!... Pásele V. con suavidad, para que no se raye, un paño con aceite. Aquí la dejó a V. la llave del arcon grande de la ropa blanca; póngales V. en la cama las sábanas del encaje ancho, con los almohadones calados... ¡Mire V., por Dios, mañana mismo si están amarillos, porque, como hace tantos años que no las usamos!... que las blanqueen al momento, y otros tres ó cuatro juegos más de los finos, por si, como espero, se están aquí quince ó veinte días... Saque usted la colcha amarilla de damasco, la misma que teníamos en la cama mi marido y yo cuando nos casamos... Otro día le pondremos la encarnada... Déme usted ahora ese vestido, el de alepín de la reina... ¡Qué tela tan rica! Ya no hay de esto... Lo heredé de mi madre en corte, y me lo hice cuando me casé... Llevo también el manto amarillo de Manila, que me compró Plácido en Albacete la feria del 54, cuando fuimos a vender las mulas... ¡Qué flores! ¡parece que se saltan!... Me lo habré puesto seis veces todo lo más... Déme V. ahora la mantilla de encaje que está sobre aquel sofá... Llevaré la sombrilla verde también, aún cuando no me hará falta, porque allí saldremos siempre en coche; pero no quiero que digan que va una en cueros... ¡Que le quite V. bien el polvo a los platos nuevos, los que usamos en nuestra boda!... ¡Que estén bien limpios los vasos grandes!...

—Vaya V. descuidada, dijo con mucha gravedad Juliana. Ya sabe V. que, cuando yo me encargo de una cosa, no hay que pensar en nada... Testigos son, que pueden hablar, los días de la fiesta del pueblo; me parece que todos quedan muy contentos... No tiene V. más que avisarme por el correo. ¡Pocos renglones, por Dios, para que no pasen y lleguen pronto!... Con decirme: «Juliana, haz lo que sabes...» hay sobrado...

—¡Que no les vaya usted a hacer el chocolate en el puchero de barro, sino en la chocolatera de cobre! Estas marquesas son muy delicadas... Habrá que tenerlo dispuesto para cuando lleguemos... ¡Por Dios, Juliana, que haya un buen almuerzo!... El tren que viene de Madrid pasa a las seis de la mañana... Primero el chocolate, ¡con leche, Juliana, con leche!... Despues el almuerzo, luego la comida, luego la merienda y luego la cena...

—¡No se fia usted ya de mí exclamó Juliana algún tanto ofendida. ¡Ya sabe usted que yo!...

—Si me fio, Juliana, si me fio; pero como nunca nos hemos visto entre marqueses, temo que se nos olvide lo más necesario... Que alcancen el velon grande de la pantalla verde, y prepárense usted los cuatro mecheros con bastante aceite... Que alcancen también las palanquias...

—Estaré en todo, estaré en todo, decía Juliana mientras su ama hablaba; nada faltará, ya lo verá usted.

En estas y otras discusiones, llegó la hora de la partida.

El tío Plácido, muy conmovido, acompañó a su mujer hasta la portezuela del wagon. Era la primera vez que se separaban despues de treinta años de matrimonio.

Hasta muy pronto, dijo Lucía a su marido, aparentando una entereza que estaba muy lejos de experimentar. Vendremos todos, ten confianza.

—Dios lo quiera! murmuró el tío Plácido enjugándose las lágrimas.

## XXIV.

No duró mucho la ausencia de Lucía cuarenta y ocho horas despues de haber salido de su pueblo con la esperanza en el corazón, volvía afligida y desesperada, y, lo que era todavía más cruel, sola.

—¡Nos le han cambiado, Plácido, nos le han cambiado! exclamó arrojándose en los brazos de su marido; ¡no es él, no es nuestro Santiago!... ¡Se avergonzó de verme!... ¡Le disgustó que no le hubiera anunciado mi llegada!...

—¡Avergonzarse de ver a su madre!... ¡Puede ser esto posible, Dios mío!... Algunas veces se me ocurre si será figuración mía... si será demasiado susceptible... Estaba muy preocupado... Una criada, que le parecía una duquesa, que accedió a consolarme, porque, la verdad, Plácido, me afligió tanto al ver aquel... aquel desvío, que me puse a llorar como una Magdalena... La criada me dijo que se lleva muy mal con su mujer; que no se habían sino para rabiar; que cada uno anda por su lado, y... ¡ay!... otras cosas que no me atrevo a contarle... ¡horrores!... Plácido... ¡horrores que te harían estremecer!...

—Los adivino, Lucía! no me cogen de susto, repuso el tío Plácido. ¡Cómo q' ierres que honre a su padre y a su

madre el que no honra a Dios! La soberbia, que empieza enseñando que un hombre no vale más que otro, que no conoce supremacía divina ni humana, acaba estableciendo la ingratitud como única ley.

—Pero no tiene él la culpa; ¡hijo de mi alma!... no la

dos por lo débiles que hemos sido siempre con nuestro hijo!

La mujer del tío Plácido había escogido muy mal momento para presentarse en el palacio de Santapola: el día en que todos los recursos pecuniarios estaban agotados,

más desenfadado. Julia, cubierto el cuerpo con un largo manto de viuda y el rostro con un tupido velo, visitaba muy a menudo los más inmundos garitos, donde creía que nadie podría conocerla. Santiago los visitaba todos indistintamente, elegantes é inmundos.

gó al palacio de Santapola, había habido una acalorada conversacion entre los señores marqueses, conversacion decisiva, de grandes consecuencias.

Santiago presentó a su mujer una cuenta de diez mil duros, que había que pagar antes de veinticuatro horas

—Porque los perdí, repuso Santiago. —¡Qué estás diciendo! exclamó Julia atónita. —¡Quise tentar fortuna; ver si los cuatro mil duros me producian cincuenta ó sesenta mil... Diego Alvarau había ganado la noche anterior treinta y cinco mil duros con diez mil reales...

—Y ¡qué hacemos? preguntó Julia. Es preciso pagarles... Es obligacion tuya discurrir... pensar... ¡Basta! —¡No tienes ningún dinero? dijo Santiago sin alterarse.

—Ninguno, y necesito pagar la modista; la grandísima canalla se niega a entregarme el vestido de corte que la he mandado hacer para la recepción de mañana en el Palacio Real, y no quiero faltar, ni ponerme un traje que ya han visto otra vez.

—Queda un recurso, dijo Santiago.

—¿Cuál?

—Vender tus joyas.

—¡Mis joyas! exclamó Julia lívida de rabia. ¿Es ése tu recurso? ¡No queda otro!

—No.

—¡Ninguno!

—Absolutamente; todo está agotado.

Con el importe de la venta se les daría alguna cosa para contentarles... y con el resto... se podría esperar... ver venir la suerte... Lo digo por tí... es un consejo... yo tengo tomada ya mi determinacion.

—Y ¿cuál es?

—La natural, la lógica...

—Si no te explicas más claro... dijo Julia animándose. Esa determinacion, que sólo comprende tu persona, me parece muy digna de tí... ¡Y yo!... La marquesa de Santapola, ¿qué determinacion debe tomar!...

—No nos acaloremos, repuso Santiago; tenemos poco tiempo de qué disponer, y hay que aprovecharlo. Ya sé que eres la marquesa de Santapola; pórtate como marquesa; yo me portaré como quien soy... ¡Vendemos las joyas! prosiguió sin alterarse.

—Imposible, respondió Julia mordiendo y estrujando el pañuelo que tenía en la mano.

—Bien, dijo Santiago dirigiéndose imposible hacia la puerta. Si no he vuelto esta noche a las doce, tú responderás mañana a los acreedores.

—Pero ¡qué vas a hacer? preguntó Julia deteniéndole desesperada.

—Buscar recursos.

—¿Y si no los encuentras?

—Queda mi determinacion.

—¿Para mí también?

—No. Tú no tienes más que vender las joyas.

—Pero ¡no comprendes que están vendidas! exclamó Julia fuera de sí. ¿Con qué he sostenido mi lujo desde hace un mes! No habrá sido con tus rentas.

—Y ¡no te queda nada de valor?

—Todos mis aderezos son falsos.

—Entonces... hemos concluido nuestra conversacion...

—¡Maldita sea la hora que me uní a tí! exclamó Julia con amenazador acento. Tú has traído a mi casa todas las desgracias que han sucedido... ¡Maldito seas... maldito seas!...

—Me dan risa tus maldiciones, repuso Santiago encogiéndose de hombros; ¡si pudieran procurarme cuarenta ó cincuenta mil duros siquiera, te suplicaría que continuaras maldiciéndome!... Yo sé lo que se hace cuando no se quiere descender de posicion. Como dueño absoluto de mi voluntad, sin tener que dar cuenta a nadie de mis acciones, podré en práctica mi recurso... Tú, arréglate como puedas.

## XXV.

En una calle muy céntrica de Madrid, que es inútil nombrar, hay una casa de elegante aspecto, que tiene salida a otra calle poco pasajera.

Durante el día, las puertas de ambas calles dan libre ingreso, mediante ciertas misteriosas señas, por supuesto, a los que van a socorrer a una señora anciana imposibilitada que vive en un cuarto bajo interior, y que se mantiene de la caridad de las buenas almas; por la noche no se entra más que por la puerta de la calleja, que es estrecha y mal alumbrada. Los faroles están colocados

de tal modo que dejan la puerta en completa oscuridad. Las once de la noche acababan de sonar en el reloj del Ministerio de la Gobernacion: era la noche que Laura de Sandoval se fugaba con el baron de San Andres.

Una mujer de mediana estatura, delgada, vestida de negro y el rostro cubierto por un tupido velo, despues de convencerse de que nadie la seguía, apretó un boton medio oculto entre los clavos que sujetaban la cerradura de la puerta que da a la calleja, y entró en la casa: la puerta se cerró sola.



4 A S. TRAJES PARA CALLE Y SALON.

4. Vestido *Princesa* con echarpe de encaje. (Patron: en el pliego por el derecho, núm. 1, figs. 1 a 7; ídem de la enagua, núm. 11, fig. 8.)

5. Vestido con flecos.

7. Traje para baile. (Patron del cuerpo: pliego por el revés, núm. VII, figs. 26 a 29.)

8. Traje para señora casada.

vacías las arcas y sin nada de valor qué vender ó empeñar.

Julia, por sobrepujar en lujo a su prima, ya que no la había podido vencer en hermosura ni en riquezas, y Santiago por saciar su amor al fausto y a la ostentacion, se habían entregado a una vida de despilfarro imposible de sostener sino por emperadores de la India.

Los dos, para tentar fortuna, para ver si encontraban el tesoro inagotable que tantos buscan y tan pocos encuentran, se habían entregado al juego; pero al juego

Pero la suerte favorecía poco a los dos esposos; mejor dicho, los miraba con una saña cruel.

En vez de ganar, perdían siempre cuanto arriesgaban.

A los cinco meses de casados, entre banquetes, saraos, trenas nuevos y pérdidas de juego, los veinticinco mil duros y el importe de la hipoteca del palacio estaban devorados. El sexto mes, Santiago lo pasó contrayendo deudas bajo su palabra, y Julia jugando las joyas que le quedaban de su madre.

La mañana del día en que la mujer del tío Plácido lle-

a unos acreedores feroces, que se apoderarían sin ningún miramiento de cuanto de valor quedaba en el palacio. Era un escándalo que había que evitar a toda costa.

—No te había dado ya cuatro mil duros para que se los entregases a cuenta! dijo Julia irritada. ¡Que esperen!

—Es que los cuatro mil duros que me dista, no se los pude entregar, respondió el hijo del tío Plácido muy tranquilo.

—¿Por qué? preguntó Julia con los ojos chispeantes de rabia.



La mujer se detuvo algunos instantes para cobrar aliento; estaba muy conmovida. Su mano había temblado mucho al apretar el botón de la puerta.

Repuesta un poco, cruzó un pasillo largo, angosto, bajo de techo, húmedo, sombrío, mal alumbrado por un farolillo sucio, colgado de la pared, despidiendo un amarillento resplandor que entristecía el corazón.

Llegada al final del pasillo, empujó otra puerta que también se cerró sola; bajó unos cuantos escalones desvencijados, apoyándose en una grasienta cuerda que había extendida a lo largo de la pared para que sirviera de barandal, y se detuvo delante de una especie de mampara estrecha y alta, forrada de una mugrienta badana, que no podía adivinarse cuál había sido su primitivo color.

La mujer vestida de negro estaba agitada, anhelosa; parecía que le faltaba resolución para cruzar aquella puerta y penetrar en la estancia donde quizá estaba el término de su viaje.

A través de la mampara se oía un murmullo sordo, confuso, siniestro, algo del lejano rumor del Océano embravecido, ó del ronco huracán precursor de tempestades, que helaba el corazón de espanto.

Hizo, por último, un gesto violento, como desechando su temor; se cubrió bien el rostro con el velo, y empujó la mampara.

Tomada la resolución de entrar, la quedaba todavía otra; la de poderse acostumbrar a la atmósfera que se respiraba donde había entrado.

Un vapor espeso, negro, casi sólido, producido por el humo de una infinidad de cigarros, la mayor parte de la peor calidad, y el aliento de centenares de personas de todas clases y condiciones, llenaba una gran sala, que después de algunos momentos de permanencia en ella, se veía alumbrada por tres lámparas cubiertas con pantallas azules.

En el centro, debajo de las lámparas, había una gran mesa en forma de doble herradura, forrada de paño verde, rodeada de un considerable número de individuos, sentados unos, de pie otros, pero todos apiñados, compactos, confundidos, estrujándose, pisándose sin notar-lo, sin incomodarse, sin sentirlo; tan ocupados estaban con lo que acontecía sobre la mesa.

En los huecos de las herraduras, dos hombres de hercúleas formas, de rostros siniestros, con las huellas de todos los vicios, los rastros de todos los crímenes, tienen delante verdaderas montañas de oro, plata y billetes de Banco, y á cada lado, al alcance de la mano, un revolver de seis tiros.

Toda la concurrencia está inmóvil, muda, pendiente, por decirlo así, del naípe que con insoportable lentitud va pasando uno á uno de la baraja que aquellos hombres tienen en la mano. Allí, entre aquella gente, hay padres, hijos, hermanos; allí hay algunos que han sido honrados, que han sentido latir su corazón alguna vez por acciones nobles y generosas, pero que la pasión del juego, fuente de todos los crímenes, la más terrible maldición que Satanás ha lanzado á esta pobre humanidad, ha vuelto insensibles.

Para ellos no hay lamentos, ni ruegos, ni suspiros, ni desgracias; el alma, la voluntad, el cariño, el amor, los santos recuerdos, las afecciones todas, la vida entera de esos seres desventurados, está fija en aquellas montañas de oro, plata y billetes de Banco; está en poder de aquellos dos hombres que van pasando las cartas y nombrándolas con monótono acento.

En un rincón cercano á la puerta, envuelta en la bruma, hay una especie de jaula de hierro, y dentro un hombre, un viejo descarnado, huesoso, amarillento; la cabeza adornada con un gorro de seda, negro, puntiagudo; grandes anteojos de plata sobre la nariz, sostenidos detrás de las orejas; sin dientes, ni patillas, ni bigotes; un judío bautizado, un cristiano judío, un usurero, en fin, de la peor especie.

Este asesino moral tiene á su lado una balanza y una piedra de toque para pesar y probar los objetos que los jugadores le venden, y que él compra por el quinto de su valor.

Después de haber hecho por acostumbrarse un poco á aquella pesada atmósfera, la mujer vestida de negro se dirigió á la jaula y presentó al judío una sortija con un solitario, un brillante magnífico que valía lo ménos veinte mil reales, y que le dio por él dos mil; hay que confesar, que sin vacilar y sin sujetarlo á prueba.

No era la primera joya que le compraba; le había comprado muchas y de gran valor, pero aquella era la última.

Dos horas ántes había comprado también á un caballero, envuelto en una capa hasta los ojos, una botanadura de perlas, en la que había ganado quince mil reales: la noche se presentaba con buen aspecto.

El caballero pudo llegar con mucho trabajo hasta el borde de la mesa, y se sentó en el extremo de un banco.

Á pesar del sofocante calor, seguía embozado. Colocaba su dinero sobre la carta que más le agradaba; lo perdía, sin notarse que se alteraba por su mala suerte, y volvía á doblar la puesta.

La mujer vestida de negro llegó á colocarse detrás, en el sitio que había dejado vacío un infeliz que había perdido cuanto llevaba.

Sin saber por qué, al acaso, porque allí nadie se ocupa de los demás, la mujer dejaba caer siempre su dinero sobre la misma carta que el caballero de la capa; pero cuando lo perdía, cuando lo veía desaparecer arrastrado por la baqueta de los banqueros para ir á aumentar las montañas de monedas y billetes, envidia de los que jugaban, un sudor frío helaba su cuerpo.

Conforme iba perdiendo, iba su angustia aumentando. No se quejaba, ni murmuraba.... ¡De qué le hubiera servido!.... ¡quién la habría consolado!.... Sufrió en silencio la más horrible de las torturas, con los ojos fijos, clavados en las cartas, que pasaban, pasaban llevándose su esperanza, queriendo penetrar sus miradas en el montón que aún quedaba por pasar, para ver si aparecía la que deseaba.

Si el caballero de la capa no hubiera estado tan absorbido en su juego, habría sentido sobre su cabeza los latidos del corazón de aquella mujer, que golpeaba su pecho como si fuera una maza.

Llegó un momento que parecía decisivo para el caballero embozado. La baqueta recogió el dinero perdido; el banquero barajó de nuevo y empezó á extender sobre la mesa algunas cartas, que al momento se vieron rodeadas de un cordón de monedas de oro y plata y billetes de Banco. El embozado, con la mano izquierda depositó, muy tranquilo, al parecer, su dinero sobre una carta; era el último: con la otra mano sacó del bolsillo del pantalón un objeto que preparó debajo de la capa.

La mujer vestida de negro arrojó también sobre la misma carta los restos de sus dos mil reales, su postrera esperanza, su vida entera. Los oídos le zumbaban; los latidos de las sienes le hacían daño; la sangre acumulada en los pulmones le impedía respirar; sus ojos, aún cuando fijos en la baraja que el banquero tenía en la mano, ya no veían, empañados como estaban por lágrimas abundantes que rodaban por sus ardientes mejillas sin humedecerlas; lágrimas de rabia, de amargura, de desesperación.

Terminada aquella jugada, la baqueta recogió otra vez el dinero de los que habían perdido, llevándose el de aquellos dos desdichados.

De repente se oyó una detonación, seguida de un grito horrible, espantoso, ronco, que no parecía modulado por garganta humana.

El caballero de la capa se había levantado la tapa de los sesos: la mujer, al reconocer al suicida, había lanzado el grito, cayendo sin sentido sobre el cadáver.

A la mañana siguiente anunciaban los periódicos la muerte del marqués de Santapola y la locura de su esposa.

Al marqués se le habían encontrado en su habitación acostado en su lecho, con el cráneo destrozado y un revolver en la mano.

Su joven esposa se había vuelto loca del sentimiento.

(Se continuará.)

## MARINA

POR

ANGELA GRASSI.

(Continuación.)

Los príncipes y boyardos que habían trabajado para elevar á Chiúski se apresuraron á volverle la espalda en su desgracia, y á protestar que su única mira era cimentar el trono de Dimitri.

Al día siguiente salió de Moscou una diputación, formada de los príncipes y altos dignatarios, y fué á Tula para presentarle el sello del estado, las llaves de los tesoros del Kremlin, los adornos de los czares, y una turba de cortesanos destinada á su servicio.

Dimitri los recibió con majestuosa dignidad: no les dió las gracias; los perdonó, y atribuyó la revolución de Moscou á la justicia de la Providencia.

A pesar de las reiteradas instancias de los boyardos, no quiso abandonar á Tula. ¡Por qué? ¡Ni él mismo lo sabía!

Marina, por obedecer la expresa orden de su padre, ó más bien para participar de los mismos peligros que su esposo y volar á sus brazos, había seguido al ejército de Dimitri. Montada en un caballo blanco, había desafiado más de una vez las balas enemigas, ó había volado intrépidamente al socorro de los moribundos.

¿Sentía Dimitri aproximarse á Moscou y volver la esposa á su esposo?

Ya lo hemos dicho: ni aún él mismo lo sabía; pero su permanencia en Tula se prolongó por largo tiempo. Entretanto, Jorge se había encargado del gobierno de Moscou. Su primer cuidado había sido allanar las casas de los acaparadores de trigo y repartirlo á la hambrienta multitud: el pueblo, que le había admirado, le bendijo.

Luégo se dedicó á poner en órden los negocios públicos y á realizar los grandiosos planes concebidos en su soledad de Uglitch. Conservó sus dignidades á los que las habían obtenido por su mérito; suprimió los cargos inútiles; abrió el camino del poder á las inteligencias privilegiadas, y en nombre siempre, y con el beneplácito de Dimitri, reformó las leyes del país, suprimiendo las que eran demasiado onerosas para el pueblo, y reemplazándolas con otras más sabias y previsoras.

A veces el genio creador de un solo hombre sabe obrar milagros, trasformando á su antojo la faz de los negocios y convirtiendo en jardín los páramos arenosos: sea por esto, ó porque tuvo la suerte de aparecer cuando ya la tempestad se apaciguaba, cuando los ánimos, cansados de tantos sacudimientos, anhelaban el reposo, lo cierto es que Jorge fué el iris de paz y de bonanza que puso remedio á todos los dolores, que trocó en bienes todos los males.

Buscó dinero y lo halló. El clero y la nobleza, que tan avaros y discolos se habían mostrado á las órdenes de Boris, se apresuraron á despojarse de todo lo superfluo para anticiparse á sus deseos. El pueblo tuvo pan, y con él recobró su alegría perdida. Las hordas que á la sombra de los encontrados partidos recorrían el país sembrando el llanto y la desesperación, aterrorizadas por un saludable castigo, volvieron á sus hogares. Como si el cielo hubiese bendecido su obediencia y el generoso desprendimiento de los magnates, abrió sus inmensas cataratas, y una lluvia abundante y bienhechora fertilizó los secos campos. Pronto la mustia tierra se vió cubierta de hierbas y de flores, y las doradas espigas se balancearon al compás del viento, llenando de alegría todas las almas.

Jorge había nacido para el mando, y no le engañaban las turbulentas palpitaciones de su corazón cuando concebía gigantescos planes para el bien y la prosperidad de su patria.

Sentado cerca de la mesa en donde Alejo trasladaba al papel sus órdenes, ejercía la más sabia administración, remediando todos los quebrantos, extirpando con mano firme todos los abusos.

Los que, siendo fieros leones en el reinado precedente, desgarraban con sus garras el trono, se habían convertido en tímidas ovejas, que se dejaban conducir por donde quiera, embelesadas con los dulces ecos de la flauta del pastor.

Los que eran virtuosos hacían gala de su virtud para merecer una sola de sus miradas; los malos se apresuraban á reformar su conducta, ansiosos de imitarle. Los genios menospreciados y desconocidos, alentados por su protección, se agrupaban en torno suyo, y las medianías huían á esconder su derrota en el retiro.

Jorge era un juez incorruptible, y su justicia inexorable; sin límites era su benevolencia para el mérito desgraciado, para la inocencia oprimida, para la vergonzosa indigencia; severo su castigo para la jactanciosa presunción, para la incorregible perversidad, para la sordida avaricia.

Sabía hermanar tan admirablemente la fortaleza y la templanza, que le producían opimos frutos de amor y de respeto. Cifrando toda su atención en el bien público y en la pública prosperidad, prevenía los males ántes de que pudieran suceder, y se complacía en esparcir toda clase de futuros bienes.

Nunca parece tan deslumbrante un rayo de sol como después de la tormenta. Aquel período de paz y de calma, tan necesario á todas las almas, les pareció á los moscovitas el ápice de la dicha, y no hallaban palabras con qué expresar su entusiasmo.

Era tan general el regocijo, que, al hallarse los amigos, abrazaban á sus amigos, dándose mutuamente la enhorabuena por haber alcanzado aquella época en que tan propicio se les mostraba el cielo.

Tan alto rayaba su felicidad, que les parecía imposible que ningún otro mortal pudiese llevarlo á cabo; y sea por esto, ó porque el alma acostumbrada á emociones fuertes se cansa con las apacibles y anhela siempre nuevos cambios, lo cierto es que se hacían secretos votos por que fuese Jorge quien ciñera la diadema.

Pero Jorge procuraba por todos los medios imaginables declinar esta excesiva adoración en Dimitri; y como tenía en su mano las voluntades, le era fácil conseguirlo.

No obstante, ¡cosa extraña! se pasaban días y días, y el joven czar contestaba á todos los mensajes "mañana,"



sin que nunca apareciese en el cielo ese mañana suspirado.

La frente de Jorge se iba anublando de día en día, y las arrugas eran cada vez más profundas.

—¿Crees tú, decía fijando sus negros y brillantes ojos en Alejo, crees que aún no he hecho bastante? ¿que aún soy digno de ella? Soy árbitro de todo un pueblo, y con sólo un acto de mi voluntad podría ampararme de una espléndida corona. He devuelto la paz y el bienestar á muchos infelices: la Rusia pronuncia mi nombre con amor, la Europa con respeto.

¿Será bastante, Alejo, para merecerla? Mas ¡ay! que Dimitri está á su lado, y Dimitri es joven y apuesto. Alejo, ¿crees que podrá olvidarme? ¿crees, ¡ay! crees que le habrá elegido?

Y por las mejillas de Jorge corría un raudal de llanto á tan funesta idea...

Otras veces, cuando una sábia medida le había producido los felices resultados que había previsto, cuando Dios bendecía sus nobles esfuerzos, dándole en premio un beneficio para el pueblo, reclinaba su cabeza en el seno de su amigo, y le decía radiante de júbilo:

—¡La merezco, Alejo, la merezco! ¡Ah, cuán dichoso soy!

Esto decía Jorge, embriagado de orgullo y de esperanza.

Mas ¡ay! que es el amor débil llama, y la hace titilar la menor ráfaga de viento; ¡ay! que es niño caprichoso y ciego, y no son títulos para alcanzar sus favores el saber ni los merecimientos.

La buena estrella que parecía presidir entonces á los destinos de Rusia había alcanzado también á la generosa Eduvigis; un incidente sencillo y natural había cambiado repentinamente en próspera su adversa suerte.

Puesta en libertad con su marido y sus hijos, el día en que Jorge alcanzó el triunfo y el pueblo ruso aclamó á Dimitri por monarca, aún se entregaba á sus trasportes de júbilo, abrazando á los gallardos mancebos á quienes había temido perder para siempre, cuando un anciano penetró en la morada que les servía momentáneamente de albergue, y solicitó hablar con Paolovitch.

Introducido á la presencia de este, le dijo:

—Soy un sacerdote; guardo en mi poder un sagrado depósito hace años, y en vano había practicado infinitas diligencias para inquirir vuestro paradero. Hoy, la pública voz ha llevado vuestro nombre á mi humilde retiro, y me he apresurado á venir para deponerlo en vuestras manos.

Hace mucho tiempo, habitaba en el cercano pueblo de Mojaisk una virtuosa y recatadísima doncella. Huérfana de padre y madre, vivía en el mayor retraimiento, por lo que su singular belleza pudiese perjudicar á su buena fama, saliendo sólo de su vivienda al rayar el alba, para entregarse á sus prácticas piadosas. Una mañana, al subir las gradas de la iglesia, halló á un mendigo que tenía entre sus brazos á un recién nacido.

—Acabo de encontrarlo aquí abandonado, la dijo; ¿qué vamos á hacer de esta infeliz criatura?

Lloró el niño; enterneciéndose la compasiva doncella, y en un arranque de generosa piedad cogió al tierno infante entre sus brazos, y exclamó colmándole de caricias.

—Estoy sola en el mundo: le adopto; será mi hijo.

Y abrigándole con su propia ropa, se lo llevó á su casa.

La noble doncella cumplió su promesa, á pesar de las murmuraciones del mundo, que sólo juzga por las engañosas apariencias. Dios la premió, haciéndola más tarde vuestra esposa.

Ahora bien: el mendigo, al hablar del hallazgo del niño, no había hablado de una bolsa de dinero hallada junto á él.

Este dinero sirvió para perderle, facilitándole la entrada en la senda de los vicios, á cuyo funesto influjo sucumbió algunos años después. Llamóme, próximo á morir; contóme con todos sus detalles el extraño caso, y, aunque vacía, me entregó la bolsa, por si en algo podía contribuir algún día al reconocimiento del niño por sus legítimos padres.

Hé aquí la bolsa, señor, que está ricamente bordada, y tiene un escudo de armas.

Tomóla Paolovitch, trémulo de alegría; examinóla largo tiempo, y exclamó con extrañeza.

—¡Estas armas son las del príncipe Chiuski!

—He cumplido mi misión, repuso el venerable sacerdote, y me retiro, satisfecho de haberla podido llevar á cabo.

—No será, exclamó vivamente Paolovitch, sin que presenciéis los dichosos efectos que ha producido.

Llamó á un paje, y le mandó que fuese en busca de Alejo; dirigióse él mismo al aposento, en busca de Eduvigis y sus hijos.

Condujolos á todos á la estancia en donde se hallaba el sacerdote, y habiendo entrado en aquel instante Alejo,

que por una feliz casualidad vagaba alrededor de la morada de su madre adoptiva, temeroso de los excesos á que podía entregarse Paolovitch, encolerizado por los ulteriores acontecimientos, éste le dijo, tendiéndole los brazos:

—Venid, Alejo, que ya se han terminado todos nuestros sinsabores. Acabo de adquirir la prueba irrefragable de la inocencia de mi esposa, de mi amada Eduvigis; y aunque tarde, me asocio á su noble acción, y os proclamo á mi vez por mi hijo adoptivo, interin otra dichosa casualidad, como la presente, no os revele el nombre de vuestros padres. Hijos míos, abrazadle; es vuestro hermano: abrazadle, Eduvigis; es nuestro hijo.

Id en paz, señor, añadió dirigiéndose al sacerdote, y llevaos la convicción de que habeis traído la calma y la ventura á una familia ántes desunida y desolada.

Desde aquel día, Alejo volvió á habitar en la casa de Paolovitch, recobrando el amor y la estimación que había saboreado en sus primeros años.

Contaba Paolovitch con muchos amigos entre los partidarios de Chiuski, y él se encargó de inquirir, con mañana, el secreto de su nacimiento y la relación que pudiera tener con el antiguo privado, á quien sin duda pertenecía la bolsa.

No consiguió, por de pronto, el resultado que deseaba; pero penetró otro secreto de mucha más importancia para el bien general.

Supo que los amigos de Chiuski conspiraban en secreto contra el poder de Dimitri, y al instante lo puso en conocimiento de Alejo.

Este, á su vez, se apresuró á ir á noticiárselo á Jorge, diciéndole:

—Este estado de cosas no puede prolongarse: ¿qué hace Dimitri en Tula, entregándose á los placeres? Nos hallamos en una situación anómala, y es preciso salir de ella de cualquier modo que sea. El trono se halla, por decirlo así, vacante, y la tardanza del czar va á destruir el fruto de nuestros afanes.

Al par que unos trabajan en favor de Chiuski, otros, lo sé, pretenden colocar en tus sienes la corona, y es preciso tomar una resolución definitiva.

Las mejillas de Jorge se habían inflamado al oír este razonamiento; dejó caer la cabeza sobre el pecho, y exhaló un suspiro.

—Dimitri no vendrá, dijo con esfuerzo; Dimitri no vendrá, á no ser que sea yo mismo quien vaya á arrancarle de las delicias de Tula. Cuantos mensajes se le han enviado hasta ahora, no han obtenido más que promesas, nunca realizadas. El pueblo está irritado, lo sé, y augura muy mal de su extraña indolencia. ¿Qué es lo que le detiene allí? ¿qué espera? ¿qué desea? ¡Ah! ¡no quiero, ¡no quiero dar cabida en mi mente á la cruel sospecha que la asalta!

(Se continuará.)

## USOS Y COSTUMBRES SOCIALES.

Vamos á contestar á algunas preguntas que nos dirigen nuestras suscriptoras, advirtiéndolas que, lejos de molestarnos, nos sirven de estímulo para dar á nuestra publicación toda la práctica utilidad que constituye su principal instintivo.

En un convite se debe aceptar sin ceremonias el puesto que nos designe el ama de la casa, la cual deberá marcarlos de antemano, teniendo en cuenta la edad y posición de los convidados. Rehúsar un puesto de honor sería una descortesía imperdonable.

\*\*\*

Un caballero debe ocuparse exclusivamente de la señora sentada á su derecha y confiada, por decirlo así, á su solicitud, obsequiándola, sirviéndola y dándole por fin el brazo cuando se trate de regresar al salón, al cual deben volver en esta forma. El amo de la casa pasará delante de todos, dando el brazo á la misma señora que ha acompañado á la mesa; mientras su esposa da el brazo al caballero que se hallaba á su izquierda y deja pasar á todo el mundo, quedando la última.

\*\*\*

Quando se va á hacer una visita con niños pequeños, la niñera no entra jamás en la sala como no sea para prestar algún servicio urgente, volviendo luego á la antecámara. La nodriza puede entrar, sentándose en un rincón; pero si los niños lloran es preciso que se los lleve inmediatamente.

\*\*\*

Entre los espectáculos que se preparan esta primavera próxima, y que estamos seguros han de llamar grandemente la atención del público madrileño, figura la Compañía de ópera italiana contratada por el espléndido banquero D. Simón de las Rivas, para su teatro Circo del Príncipe Alfonso.

Formada casi en su totalidad de artistas ya conoci-

dos ventajosamente por nuestros *dilettanti*, y de otros cuyo renombre, conquistado en las principales escenas de Europa, son la mejor garantía del acierto que ha presidido á la elección, no puede ménos de esperarse una brillante campaña lírica, que, aunque corta, dejará gratos recuerdos entre los aficionados, poco acostumbrados á ver reunidos por una empresa y en una misma temporada dos cuartetos de *primísimo cartello*.

La lista de la compañía contratada hasta hoy, se compone de los siguientes artistas:

Prime *donne* soprani: Signora María Leon Duval, María Sass, Giuseppina Vitali Augusti; primi tenori: Signori Achile Corsi, Antonio Franchini, Giovanni Sani; tenore comprimario: Signor Nicodemo Bioletto; secondo tenor: Signor Carlo Zuliani; primi baritoni: Signori Gottardo Aldighieri, Gustavo Morianni; primi bassi: Signori Ormondo Maini, Antonio Vidal; secondo basso: Signor Fernando Reduzzi; maestri é direttori: Signori Rafael Kuon, Carlo Mangiagalli; direttore di scena: Signor Giuseppe Bernasconi; prima ballerina, en ajuste; maestro coreógrafo: Signor Giovanni Garbagnati.

Después de estos ajustes, según nuestras noticias, ha contratado á la soprano Signora Eleonora Mecoci.

La empresa pondrá en escena las mejores obras del repertorio antiguo, algunas de ellas no representadas hace muchos años.

A pesar de lo corto de la temporada, se cantarán dos óperas no oídas del público de Madrid: *Mignon* y *Amleto*, ambas del maestro Ambrosio Thomas.

La temporada se inaugurará probablemente con el *Fausto* del maestro Carlos Gounod, y cuya interpretación estará á cargo de los artistas Sras. Vitali, Augusti y Chini, y los Sres. Corsi, Morianni y Vidal, estrenándose cinco sorprendentes decoraciones debidas al pincel del célebre escenógrafo francés M. Cambon.

Treinta soluciones en verso, á cuál más discretas, hemos recibido de las charadas últimamente publicadas: no queriendo dar la preferencia á ninguna, porque todas nuestras amables suscriptoras nos la merecen igualmente, nos hemos visto precisados á retirarlas, dando en su lugar sólo los nombres de los que tanto nos han favorecido, y á quienes enviamos las más expresivas gracias.

Doña Rafaela Domec, de Zuera; Doña Rafaela Taboada y Domínguez, de Rivadavia; Don Baudilio C. de C., de Alcántara de Ebro; Doña I. B. de Huguet, de Torredembarra; D. C. G. y G., de Santiago; Doña Filomena Jáuregui Cabañas, de Madrid; D. E. P., de Madrid; Doña Consuelo de Castro y Valdés, de Figueras de Asturias; Doña Rosalía Jordá y Vila, de Tarragona; Doña Paulina Gomez, de Antequera; Doña Lucila Zaldivia, de Benavente; D. Tomás Jorge, de Lugo; D. Luciano Arias, de Santoña; D. Félix Sanchez, de Vigo; D. Teodoro Lacasa, de Soria; D. Timoteo Biso, de Cádiz; D. Antonio Almonte, de Jaén; Doña Petronila Vinert, de Zaragoza; Doña Pascuala Gutierrez, de Ronda; Don R. C. de Cabia, de Aldea-Nova de Ebro; Doña Rosario Camba, de Cienfuegos; Doña Josefa Pino, de Buitrago; Doña María Fuentes, de Zaragoza; Doña Gertrudis Esquivel, de Tarazona; Doña Antonia Vinent, de Valencia; Doña Tomasa Buendía, de Alicante; Doña Irene Gomez, de Salvatierra; Doña Nicolasa Díaz, de Vigo; Doña Basilia Amorós, de Barcelona; Doña Carmen Polanco, de Villafranca; Doña Clara Vives, de Tortosa; Doña Camila Caballero, de Toledo, y Doña Susana Martínez, de Castellón.

I.

BLASFEMO.

II.

PATAGONES.

## CHARADAS.

I.

Dos letras son mi primera  
Pronunciadas una sola;  
La segunda un vegetal,  
Y amargan mucho sus hojas;  
Nombre árabe es el todo,  
Y entre las familias moras  
Es de ilustre descendencia,  
Segun cuentan sus historias.

JOAQUIN RAMA.

II.

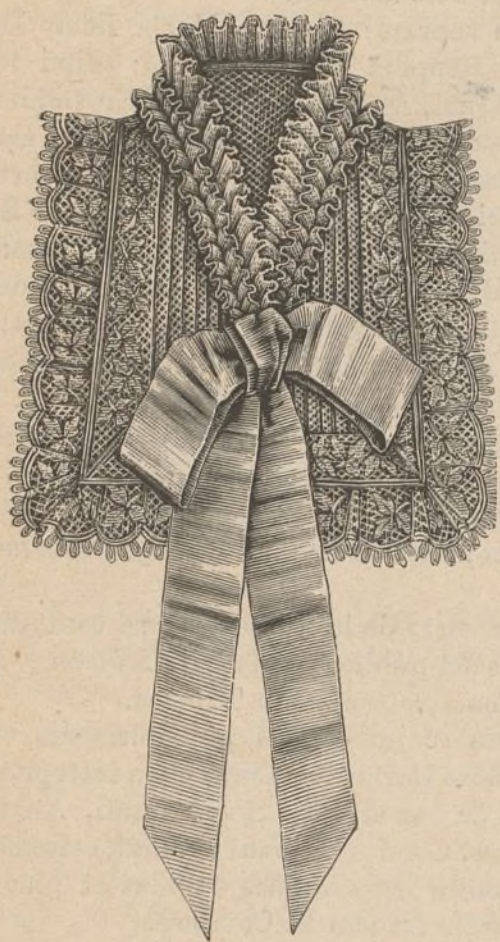
Primera sílaba es  
de la lengua castellana.  
La segunda es una nota  
que en la música alemana,  
en la española, en la inglesa,  
en walses y contradanzas,  
por tener miedo de ir sola  
se acompaña con la cuarta.  
Respondes con mi tercera  
si algún amigo te llama.  
Cuarta y prima me recuerda  
de siete infantes la fama.

Y el todo es una mujer,  
muy morena y muy salada,  
con unos ojos, un pelo,  
una boca, una mirada  
y un yo no sé qué decir  
que no se encuentra en España.

SSIURUP.



La acreditada casa editorial de Vidal, hijo, ha adquirido la propiedad de la muy aplaudida zarzuela, del maestro Lacome, *Juana, Juanita y Juanilla*, y puesto á la venta, en su concurrido establecimiento, la partitura completa para piano y los números más aplaudidos de la citada obra.



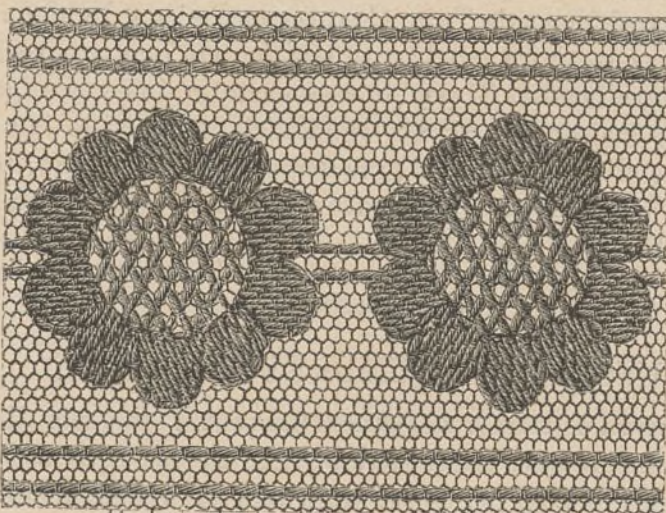
9. Fichú cuadrado con encaje. Patron: en el pliego por el derecho, núm. X, figs. 40 y 41.)

### Explicacion del Figurin 1.258.

FIG. 1.<sup>a</sup> *Traje para Semana Santa.*—Vestido princesa de cachemir verde-mirto ó verde-botella, adornado de volantes y bullones. Abrigo de matalasé de seda guarnecido con un ancho galon de terciopelo, adornado de felpilla y lazos de faya. Sombrero de terciopelo gris, guarne-



12. Vestido Princesa visto por delante. 13. Vestido Princesa visto por atrás. (Patron y explicacion: en el pliego por el revers, núm. VIII, figs. 20 á 31.)



16. Cofia para recibir.

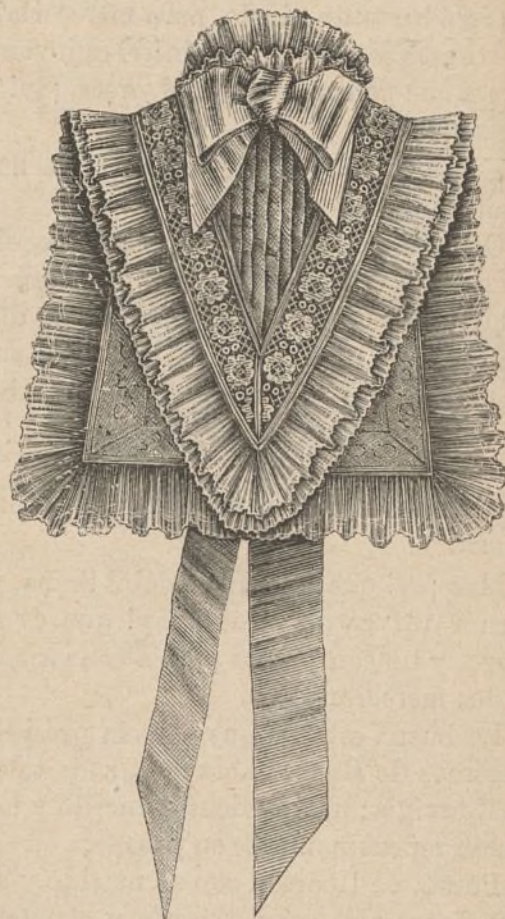
cido con flores de terciopelo color moda y pluma gris; guantes color moda, gola y mangas de encaje.

FIG. 2.<sup>a</sup> *Traje de paseo para señorita.*—Falda de cachemir gris, adornada por abajo con volantes y bullones. Túnica de lana gris moteada y guarnecida con un galon bordado, fondo negro. Sombrero de fieltro con plumas negra y en-

carnada; corbata encarnada, cuello alto de batista y puños correspondientes.

### AGUA DE LA BELLEZA.

Esta agua, especial y única en su clase, tiene la propiedad de rejuvenecer, haciendo desaparecer el paño, manchas, sofocaciones y pecas de la cara y de las manos, y deja el cutis tan blanco y fino como puede tenerlo la más joven y hermosa señorita. Tal es el eficaz resultado que con la expresada AGUA se obtiene.



10. Fichú cuadrado con plegados de muselina. (Patron: en el pliego por el derecho, núm. X, figs. 40 y 41.)

Este líquido, desconocido hasta el día, le presenta al público la Sra. D.<sup>a</sup> R. Manzanáres y Doval, que después de muchos viajes y desvelos ha conseguido arrancar á la naturaleza un secreto que, puesto en práctica por algunos años, le ha dado el resultado que se propuso; advirtiéndose que en su composicion no se emplean sustancias nocivas que perjudiquen en lo más mínimo la salud.

Precio: Por un frasco 20 rs. Idem doble tamaño, 40.



14. Coraza escotada y peinado para baile. (Patron de la coraza: en el pliego por el revers, núm. VII, figs. 26 á 29.)



15. Coraza escotada y prendido para baile. (Patron de la coraza: pliego por el revers, núm. VIII, figs. 26 á 29.)

Las Sras. Suscriptoras á la 1.<sup>a</sup> y 4.<sup>a</sup> Edicion, recibirán con este número el FIGURIN ILUMINADO, y las de la 1.<sup>a</sup>, 2.<sup>a</sup> y 4.<sup>a</sup> el pliego de patrones.

Administracion, Plaza de Isabel II, núm. 2.

Tip. de Gregorio Estrada, Doctor Fourquet (antes Hiedra), 7.

Editor-propietario: Carlos Grassi.



Replicación de siete patrones cuyos grabados aparecen en los números 11 y 12 de El Correo, correspondientes a los días 18 y 26 de Marzo.

Núm. I. — Vestido princesa con extensa cola.

Mitad de las medidas para el modelo: 34 cent. de grueso de arriba y 34 de abajo.  
Fig. 1. — Delantero (A, B, C, D). —  $\text{---}$  Línea de costura.  
Fig. 2. — Costado (A, B, C, H).  
Fig. 3. — Primera parte de la espalda (B, C, D, E, F). Una parte doblada.  $\text{---}$   
Fig. 4. — Segunda parte de la espalda (D, E, F).  
Fig. 5. — Mitad del complemento del vestido por debajo de la cola (a parte de arriba: b parte de abajo).  
Fig. 6. — Mitad de la cola. (a paño de atrás; b paño de costado).  
Fig. 7. — Manga (I, K, L, M).  
Fig. 8. — Mitad de la cola. (a paño de atrás; b paño de costado).  
Fig. 9. — Cuello de tamaño reducido de todas las partes unidas del patron.  
Núm. II. — Cota para la enagua que debe acompañar al vestido anterior.

Fig. 10. — Mitad de la cola (a paño de atrás; b paño de costado).

Núm. III. — Túnica ceja.

Mitad de las medidas para este modelo: 48 cent. de grueso de arriba y 38 de abajo.  
Fig. 11. — Delantero y costado de delante (N, O, P, Q, R, S, T, U, V). Una parte doblada.  
Fig. 12. — Espalda y costado de la espalda (P, Q, R, S, T, U, V). Una parte doblada.  
Fig. 13. — Cuello (U, V).  
Fig. 14. — Cuello de tamaño reducido de todas las partes unidas del patron.

Núm. IV. — Paletot semijustado.

Fig. 15. — Delantero y costado (a, b, c, d, e, f, g, h). Doblado de veces.  $\text{---}$   
Fig. 16. — Espalda (c, d, e, f, g). Una parte doblada.  $\text{---}$   
Fig. 17. — Manga (e, f, g, h).  
Fig. 18. — Cuello (f, g).  
Fig. 19. — Cuello de tamaño reducido de todas las partes unidas del patron.

Núm. V. — Chaqueta abotonada para niño de 11 a 14 años.

Fig. 20. — Delantero (n, o, p, q, r, s, t, u, v, w, x). Una parte doblada.  $\text{---}$   
Fig. 21. — Mitad de la espalda (n, o, p, q, r).  
Fig. 22. — Manga (r, s, t).  
Fig. 23. — Cuello (t, u).  
Fig. 24. — Cuello de tamaño reducido de todas las partes unidas del patron.

Núm. VI. — Pantalón con peto.

Fig. 25. — Pantalón de delante (y).  
Fig. 26. — Pantalón de costado (y).

DIBUJOS PARA BORDADOS

Fig. 27. — Mitad del adorno, en iniciales, para abotonar. Labor de encaje irlandés sobre tul.

Fig. 28. — Mitad del adorno de montaje para sombrero de niño.

Fig. 29. — Disposición de los cuadros a punto rollado para canastilla.

Fig. 30. — Mitad del adorno, en iniciales, para abotonar. Labor de encaje irlandés sobre tul.

Fig. 31. — Mitad del adorno de montaje para sombrero de niño.

Fig. 32. — Disposición de los cuadros a punto rollado para canastilla.

Fig. 33. — Mitad del adorno, en iniciales, para abotonar. Labor de encaje irlandés sobre tul.

Fig. 34. — Mitad del adorno de montaje para sombrero de niño.

Fig. 35. — Disposición de los cuadros a punto rollado para canastilla.

Fig. 36. — Mitad del adorno, en iniciales, para abotonar. Labor de encaje irlandés sobre tul.

Fig. 37. — Mitad del adorno de montaje para sombrero de niño.

Fig. 38. — Disposición de los cuadros a punto rollado para canastilla.

Fig. 39. — Mitad del adorno, en iniciales, para abotonar. Labor de encaje irlandés sobre tul.

Fig. 40. — Mitad del adorno de montaje para sombrero de niño.

Fig. 41. — Disposición de los cuadros a punto rollado para canastilla.

Fig. 42. — Mitad del adorno, en iniciales, para abotonar. Labor de encaje irlandés sobre tul.

Fig. 43. — Mitad del adorno de montaje para sombrero de niño.

Fig. 44. — Disposición de los cuadros a punto rollado para canastilla.

Fig. 45. — Mitad del adorno, en iniciales, para abotonar. Labor de encaje irlandés sobre tul.

Fig. 46. — Mitad del adorno de montaje para sombrero de niño.

Fig. 47. — Disposición de los cuadros a punto rollado para canastilla.

Fig. 48. — Mitad del adorno, en iniciales, para abotonar. Labor de encaje irlandés sobre tul.

Fig. 49. — Mitad del adorno de montaje para sombrero de niño.

Fig. 50. — Disposición de los cuadros a punto rollado para canastilla.

Fig. 51. — Mitad del adorno, en iniciales, para abotonar. Labor de encaje irlandés sobre tul.

Fig. 52. — Mitad del adorno de montaje para sombrero de niño.

Fig. 53. — Disposición de los cuadros a punto rollado para canastilla.

Fig. 54. — Mitad del adorno, en iniciales, para abotonar. Labor de encaje irlandés sobre tul.

Fig. 55. — Mitad del adorno de montaje para sombrero de niño.

Fig. 56. — Disposición de los cuadros a punto rollado para canastilla.

Fig. 57. — Mitad del adorno, en iniciales, para abotonar. Labor de encaje irlandés sobre tul.

Fig. 58. — Mitad del adorno de montaje para sombrero de niño.

Fig. 59. — Disposición de los cuadros a punto rollado para canastilla.

Fig. 60. — Mitad del adorno, en iniciales, para abotonar. Labor de encaje irlandés sobre tul.

Fig. 61. — Mitad del adorno de montaje para sombrero de niño.

Fig. 62. — Disposición de los cuadros a punto rollado para canastilla.

Fig. 63. — Mitad del adorno, en iniciales, para abotonar. Labor de encaje irlandés sobre tul.

Fig. 64. — Mitad del adorno de montaje para sombrero de niño.

Fig. 65. — Disposición de los cuadros a punto rollado para canastilla.

Fig. 66. — Mitad del adorno, en iniciales, para abotonar. Labor de encaje irlandés sobre tul.

Fig. 67. — Mitad del adorno de montaje para sombrero de niño.

Fig. 68. — Disposición de los cuadros a punto rollado para canastilla.

Fig. 69. — Mitad del adorno, en iniciales, para abotonar. Labor de encaje irlandés sobre tul.

Fig. 70. — Mitad del adorno de montaje para sombrero de niño.

Fig. 71. — Disposición de los cuadros a punto rollado para canastilla.

Fig. 72. — Mitad del adorno, en iniciales, para abotonar. Labor de encaje irlandés sobre tul.

Fig. 73. — Mitad del adorno de montaje para sombrero de niño.

Fig. 74. — Disposición de los cuadros a punto rollado para canastilla.

Fig. 75. — Mitad del adorno, en iniciales, para abotonar. Labor de encaje irlandés sobre tul.

Fig. 76. — Mitad del adorno de montaje para sombrero de niño.

Fig. 77. — Disposición de los cuadros a punto rollado para canastilla.

Fig. 78. — Mitad del adorno, en iniciales, para abotonar. Labor de encaje irlandés sobre tul.

Fig. 79. — Mitad del adorno de montaje para sombrero de niño.

Fig. 80. — Disposición de los cuadros a punto rollado para canastilla.

Fig. 81. — Mitad del adorno, en iniciales, para abotonar. Labor de encaje irlandés sobre tul.

Fig. 82. — Mitad del adorno de montaje para sombrero de niño.

Fig. 83. — Disposición de los cuadros a punto rollado para canastilla.

Fig. 84. — Mitad del adorno, en iniciales, para abotonar. Labor de encaje irlandés sobre tul.

Fig. 85. — Mitad del adorno de montaje para sombrero de niño.

Fig. 86. — Disposición de los cuadros a punto rollado para canastilla.

Fig. 87. — Mitad del adorno, en iniciales, para abotonar. Labor de encaje irlandés sobre tul.

Fig. 88. — Mitad del adorno de montaje para sombrero de niño.

Fig. 89. — Disposición de los cuadros a punto rollado para canastilla.

Fig. 90. — Mitad del adorno, en iniciales, para abotonar. Labor de encaje irlandés sobre tul.

Fig. 91. — Mitad del adorno de montaje para sombrero de niño.

Fig. 92. — Disposición de los cuadros a punto rollado para canastilla.

Fig. 93. — Mitad del adorno, en iniciales, para abotonar. Labor de encaje irlandés sobre tul.

Fig. 94. — Mitad del adorno de montaje para sombrero de niño.

Fig. 95. — Disposición de los cuadros a punto rollado para canastilla.

Fig. 96. — Mitad del adorno, en iniciales, para abotonar. Labor de encaje irlandés sobre tul.

Fig. 97. — Mitad del adorno de montaje para sombrero de niño.

Fig. 98. — Disposición de los cuadros a punto rollado para canastilla.

Fig. 99. — Mitad del adorno, en iniciales, para abotonar. Labor de encaje irlandés sobre tul.

Fig. 100. — Mitad del adorno de montaje para sombrero de niño.

Fig. 101. — Disposición de los cuadros a punto rollado para canastilla.

Fig. 102. — Mitad del adorno, en iniciales, para abotonar. Labor de encaje irlandés sobre tul.

Fig. 103. — Mitad del adorno de montaje para sombrero de niño.

Fig. 104. — Disposición de los cuadros a punto rollado para canastilla.

Fig. 105. — Mitad del adorno, en iniciales, para abotonar. Labor de encaje irlandés sobre tul.

Fig. 106. — Mitad del adorno de montaje para sombrero de niño.

Fig. 107. — Disposición de los cuadros a punto rollado para canastilla.

Fig. 108. — Mitad del adorno, en iniciales, para abotonar. Labor de encaje irlandés sobre tul.

Fig. 109. — Mitad del adorno de montaje para sombrero de niño.

Fig. 110. — Disposición de los cuadros a punto rollado para canastilla.

Fig. 111. — Mitad del adorno, en iniciales, para abotonar. Labor de encaje irlandés sobre tul.

Fig. 112. — Mitad del adorno de montaje para sombrero de niño.

Fig. 113. — Disposición de los cuadros a punto rollado para canastilla.

Fig. 114. — Mitad del adorno, en iniciales, para abotonar. Labor de encaje irlandés sobre tul.

Fig. 115. — Mitad del adorno de montaje para sombrero de niño.

Fig. 116. — Disposición de los cuadros a punto rollado para canastilla.

Fig. 117. — Mitad del adorno, en iniciales, para abotonar. Labor de encaje irlandés sobre tul.

Fig. 118. — Mitad del adorno de montaje para sombrero de niño.

Fig. 119. — Disposición de los cuadros a punto rollado para canastilla.

Fig. 120. — Mitad del adorno, en iniciales, para abotonar. Labor de encaje irlandés sobre tul.

Fig. 121. — Mitad del adorno de montaje para sombrero de niño.

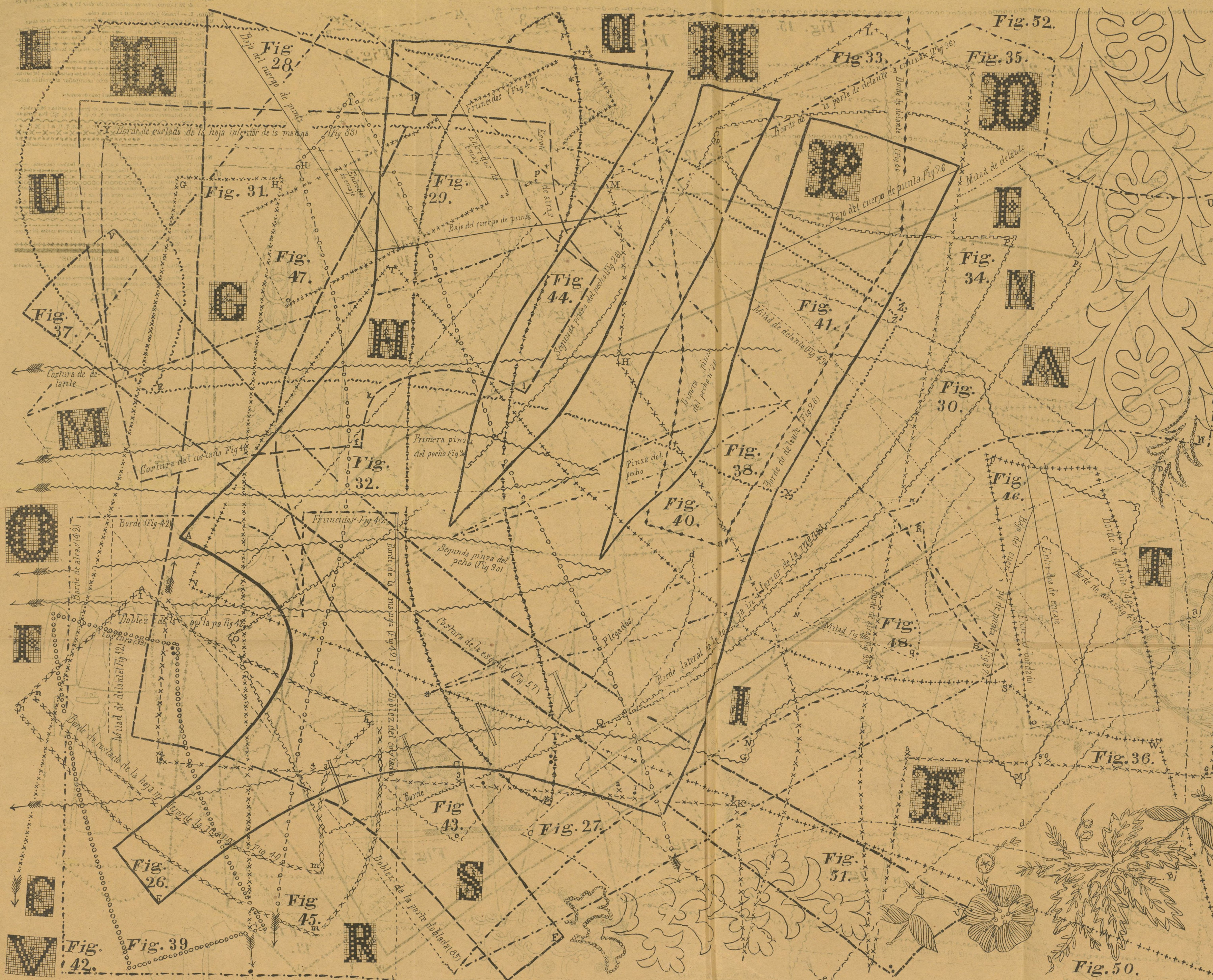
Fig. 122. — Disposición de los cuadros a punto rollado para canastilla.

Fig. 123. — Mitad del adorno, en iniciales, para abotonar. Labor de encaje irlandés sobre tul.

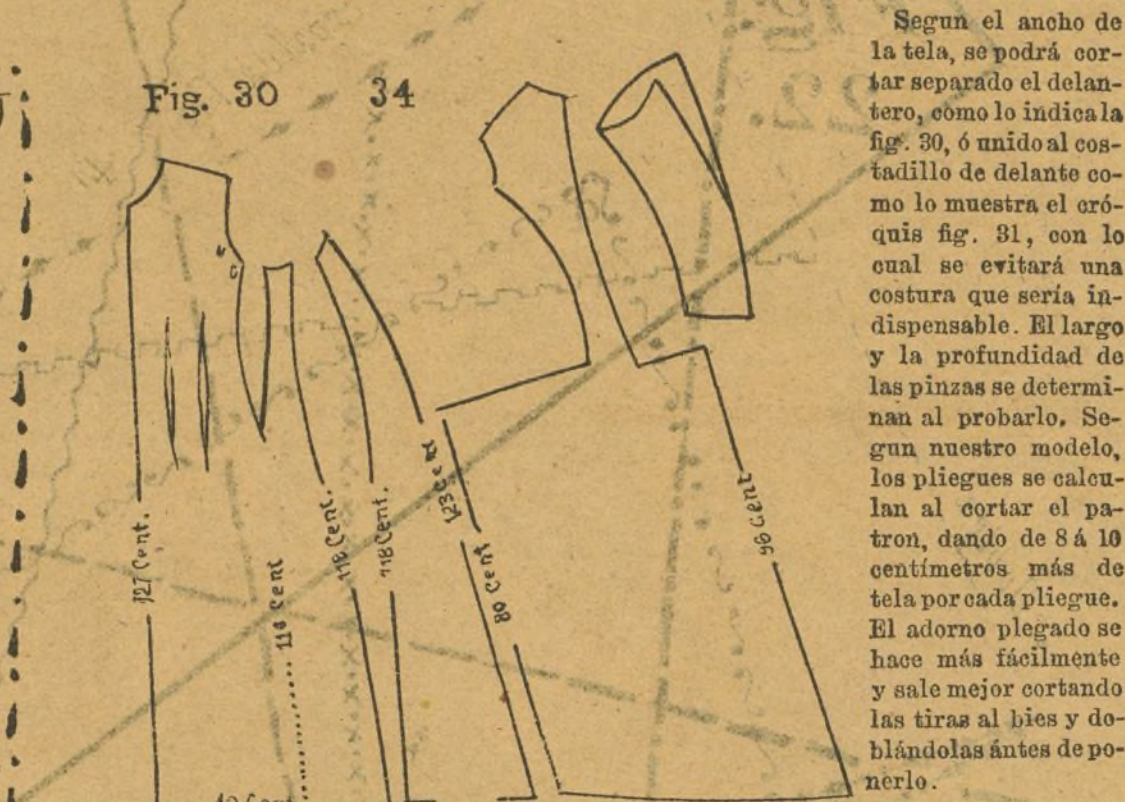
Fig. 124. — Mitad del adorno de montaje para sombrero de niño.

Fig. 125. — Disposición de los cuadros a punto rollado para canastilla.

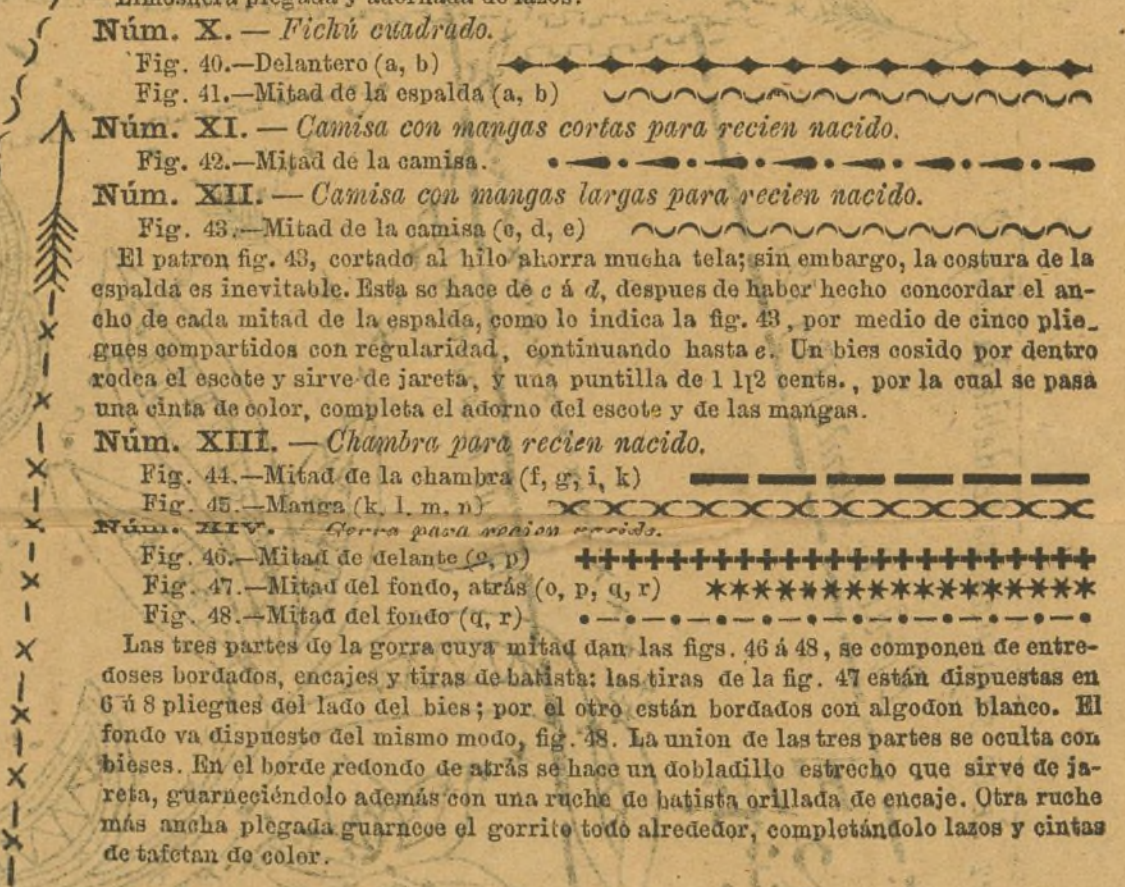




**Revers.**  
 Explicación de seis patrones cuyos grabados aparecen en los números 11 y 12 de El Correo, correspondientes a los días 18 y 20 de Marzo.  
 Núm. VII.—Cuerpo-correa escotado, con indicación de las líneas para transformarlo en cuerpo de punta.  
 Mitad de las medidas para el modelo: 47 cent. de arriba y 29 de abajo.  
 Fig. 28.—Delantero (A, B, C, D).  
 Fig. 29.—Costado (E, F, G, H).  
 Fig. 30.—Espalda (I, J, K, L).  
 Fig. 31.—Manga (M, N, O, P).  
 Fig. 32.—Vestido principal.  
 Medidas para la mitad del modelo: 43 cent. de arriba y 28 de abajo.  
 Fig. 33.—Delantero (Q, R, S, T).  
 Fig. 34.—Costado (U, V, W, X).  
 Fig. 35.—Espalda (Y, Z, A, B).  
 Fig. 36.—Manga (C, D, E, F).  
 Fig. 37.—Vestido principal.  
 Fig. 38.—Creciente de tamaño reducido de todas las partes unidas del patrón. El ancho de este vestido principal será mayor que el de una persona de talla común. Las líneas del vestido, ajustado de delante, van interrumpidas por pliegues dispuestos en sentido oblicuo. El ancho de la cola está formado por tallas que sobresalen entre las costuras de la espalda, parecen ajustadas por debajo del tallo y forman un adorno de cintas.



Según el ancho de la tela, se podrá cortar, como se indica la Fig. 30, 6 unidades costado de delante como lo muestra el croquis Fig. 31, con lo cual se evitará una costura que sería indispensable. El largo y la profundidad de las pinzas se determinan al probarlo. Según nuestro modelo, las pinzas se calculan al cortar el patrón, dando de 8 a 10 centímetros más de tela por cada pliegue. El adorno plegado se hace más fácilmente y más mejor cortando las tiras al hilo y deshilando antes de ponerlo.  
 El modelo es de lana de color oscuro, adornado con pliegues y lino de la misma tela.  
 Núm. IX.—Vestido principal para niñas de 8 a 12 años.  
 Fig. 39.—Delantero y costado de delante (M, S, T, U, V, W, X). Una parte doblada.  
 Fig. 40.—Primera parte de la espalda (S, T, U, V, W).  
 Fig. 41.—Segunda parte de la espalda (U, V, W).  
 Fig. 42.—Manga (X, Y, Z).  
 Fig. 43.—Cuello (Z, A).  
 Fig. 44.—Creciente de tamaño reducido de todas las partes del patrón. El período representado en sus grabados este vestido, obvio de distinto modo y con distintas adornos. La espalda se completa con una parte plegada, la cual mide 140 cent. de ancho y 30 de altura, que se añade a los delanteros, Fig. 39, por medio de una costura, mientras que arriba va unida a una tira en el borde superior de la espalda, en cuyo caso se le dan surcos de tela (Fig. 39 y 41). Una de las grabados del período muestra el delantero de tela lisa, guarnecido con hilos y pliegues de tela de fantasía. Otro de tela a cuadros, con anchos ribetes, lino y botones del color de las rayas. El bajo del vestido hasta la parte plegada, se guarnecen con tres hilos de 9 cent. de ancho cada uno. Por fin, otro grabado lo representa ribeteado con un color que coja, y por abajo con tres volantes.  
 La unión de la parte plegada se omite en los costados con una cinta de seda de 4.5 cent. de ancho, del color del ribete, y en medio con un pedazo de tela, dispuestos en pliegues, cortada abajo de tal modo que encaje en la cintura.  
 10 y en las costuras con un hilo, y en el centro un lazo con cadenas.  
 Limosnara plegada y adornada de lino.  
 Núm. X.—Vestido cuadrado.  
 Fig. 45.—Delantero (a, b).  
 Fig. 46.—Costado (c, d).  
 Fig. 47.—Espalda (e, f).  
 Núm. XI.—Cintura con mangas cortas para recién nacido.  
 Fig. 48.—Mitad de la cintura.  
 Núm. XII.—Cintura con mangas largas para recién nacido.  
 Fig. 49.—Mitad de la cintura (a, b, c).  
 El patrón Fig. 49, cortado al hilo, muestra mucha tela; sin embargo, la costura de la espalda es inevitable. Basta se hace de 4 a 6, después de haber hecho coincidir el ancho de cada mitad de la espalda, como se indica la Fig. 49, por medio de cinco pliegues, que se reparten con regularidad, continuando hasta el fin. Los costados por dentro están el ancho y sirve de jersia, y una puntilla de 1.12 cent., por la cual se pasa una cinta de color, completa el adorno del cuello y de las mangas.  
 Núm. XIII.—Chambré para recién nacido.  
 Fig. 50.—Mitad de la camiseta (f, g, h, i).  
 Fig. 51.—Manga (j, k, l, m, n).  
 Fig. 52.—Costado (o, p).  
 Fig. 53.—Mitad del fondo, ancho (q, r, s, t).  
 Fig. 54.—Mitad del fondo (u, v).  
 Las tres partes de la gorra cuya mitad dan las Fig. 50 a 53, se componen de entredos bordados, crepés y tiras de lino; las tiras de la Fig. 47 están dispuestas en 4 a 5 pliegues del lado del lino; por el otro están bordados con algodón blanco. El fondo va dispuesto del mismo modo, Fig. 54. La unión de las tres partes se realiza con hilos. En el borde redondo de atrás se hace un dobladillo estrecho que sirve de forro, entretejido de algodón con una ralla de lino, cortada en el centro. Otra ralla más ancha plegada guarnece al gorro todo alrededor, completándolo lino y cintas de tafetán de color.

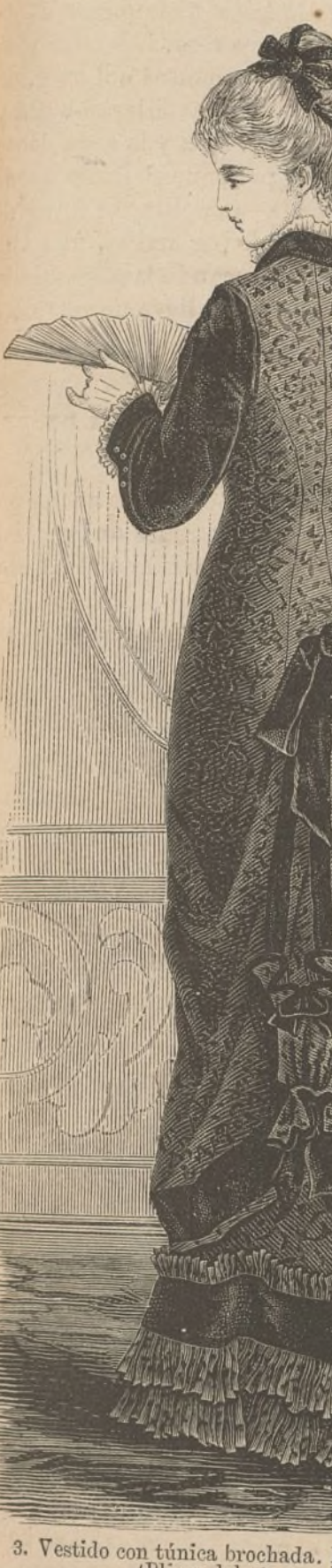


Núm. XV.—Faldas.  
 Fig. 55.—Creciente del patrón (a, b, c, d, e, f, g, h).  
 DIBUJOS PARA BORDADOS  
 Fig. 56.—Creciente para encañer. Bordado ligero.  
 Fig. 57 y 58.—Creciente para adornar pañuelos, chaquetas y vestidos.  
 Bordado a sonchecho o caducata.  
 Fig. 59 a 65.—Intelectual bordados a punto de cruz.



Explicación de los grabados, por el correo. Vestido principal para niñas de 8 a 12 años. Vestido adornado con flecos. Camiseta para recién nacido. Almohada y colcha para cama. Camiseta de punto bordado.

EXPLICACION DE LOS DIBUJOS  
 1. ESTERIL DE CROCHÉ  
 Principales por el centro con los que se hacen 32 barras de doblez encima; comienzan en



3. Vestido con ténis, brochada. Bordado del 17, por el reverso.